

CONVIER

CONFERENCIA VENEZOLANA
DE RELIGIOSAS Y
RELIGIOSOS

*Hacia donde el amor
nos lleve*

ENERO
ABRIL
2010
Nº 1

CONVER

Conferencia Venezolana de
Religiosas y Religiosos

Año 12 - Nº 1
Enero – Abril 2011

DIRECTIVA DE CONVER

Hno. Nieves Iriberry
Presidenta

P. Eric Pérez
Vice Presidente

Vocales

Hna. Teresa Fajardo
Hna. Judy Castillo
P. Jesús García
P. Jesús Orbegozo
Hno. José Luis Sebastian

Suplentes

P. Rafael Serrano
Hna. Carmina Navarro
P. Lisandro Rivas
Hna. Ana Brillemburg
Hna. Yelitza Espinoza

Hna. Maritza Klindt
Secretaria General

Dr. Carlos Noguera
Administrador

Sede

6ª Transversal. Entre 3ª y 4ª
Avenidas. P. B. Altamira.
Teléfonos:
(0212) 2617015 (0212) 2665895
Fax: (0212) 2617015 ext. 109

Email:

conversec@gmail.com
sec.conver1@gmail.com

Página web:

www.conver.org.ve

PRESENTACIÓN

La persona que vive y experimenta el misterio, se le llama místico.

La fe es verdadera cuando significa una respuesta a la experiencia – vivencia de Dios hecha personal y comunitariamente. La fe es entonces es expresión de un encuentro con Dios que abarca la totalidad de la existencia, el sentimiento, el corazón, la inteligencia y la voluntad.

Los lugares y los tiempos de este encuentro con Dios se transforman en sacramentales, puntos referenciales de la experiencia, vivencia inolvidable.

- Experiencia de diálogo entre la mística y la ascética. Se ahonda se enriquece.
- Profecía y sabiduría. Aprender a vivir la vida en un proceso de amor real a Dios, al cosmos y a todos lo que en él habitan.

En la medida que el amor nos acerca a Dios en medio de nosotros y con nosotros, nuestra sensibilidad va cambiando y nuestras calles, campos se hacen lugares de encuentro con Dios.

Se nos invita a tomar conciencia de corporeidad que nos mantiene cercanos a la vida.

Pegados a la tierra que tocan nuestros pies, nos hacemos barro con el barro, agua con el agua, viento con el viento, fuego con el fuego, humano y humana con el dolor de los humanos y sus luchas cotidianas y así podremos hacer de veras nuestro lo del otro, lo de la otra.

“En el camino donde el amor nos lleve” Nos encontraremos con aquellos que se levantan y animan a vivir como “credos vivientes”; como anuncio profético de una vida nueva superando todo desánimo y decaimiento.

Aceptar y potenciar el don de Dios que cada uno es para el servicio del Reino, sabiendo que todos hemos sido convocados.

María Fernanda López, dmsf

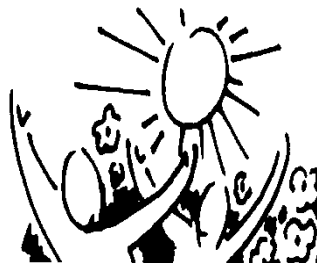
CONTENIDO

Acoger la vida como misterio: Una espiritualidad que relea los votos desde la corporeidad	2
En camino hacia donde el amor nos lleve	14

Valorar cada minuto de la vida como experiencia vivida en gratuidad

“ACOGER LA VIDA COMO MISTERIO: UNA ESPIRITUALIDAD QUE RELEE LOS VOTOS DESDE LA CORPOREIDAD”.

Margarita Fagot Bigas, rscj



Hace poco leía esta frase “La vida es un misterio a acoger, no un problema a resolver” de A. Kram y me fascinó. Siento que resume lo que una vez decía sobre lo que pienso de la Vida Religiosa femenina.

“Ante el cambio cultural donde la mujer ha ido ganando el lugar que su dignidad le corresponde, la Vida Religiosa no puede menos que ofrecer una Vida Religiosa femenina donde la mujer también pueda desarrollar sus capacidades. Vivir el seguimiento de Jesús, en una continua integración de nuestra vitalidad, nuestra corporeidad, nuestra sexualidad, afectividad y trascendencia siendo humanos y humanas al estilo de Jesús es nuestro gran reto”. Es la experiencia que hemos ido llamando mística y profética.

La Vida Religiosa ha ido redescubriéndose en los últimos años llamada a vivir una experiencia mística y profética, y ello, me parece, hace también una invitación a vivir la vida como

misterio a acoger y no un problema a resolver. Hombres y mujeres descubrimos a la luz y al calor:

“Soy tierra, agua, fuego, aire, minerales, fragilidad y posibilidad de plenitud”.

Seguimos afirmando que lo específico de la Vida Religiosa es la centralidad en Jesucristo y que lleguemos a ser hombres y mujeres cuya existencia sea memoria viva y liberadora de Jesús. Ser memoria profética de la vocación bautismal, reveladora del amor del Padre y cuya manera de vivir como ser humano subvierta la historia y las relaciones para que éstas estén más de acuerdo al Reino es parte de la nueva identidad de la Vida Religiosa que andamos buscando.

¿Qué nos puede hacer entrar en esa capacidad de amar y desarrollarla al máximo?

Por un lado, la experiencia de diálogo entre la mística y la ascética, la profecía y la sabiduría que da pie para aprender a vivir la vida en un proceso de una relación

de amor real a Dios, al cosmos y todo y a todos los que en él habitan acogiendo el misterio de la vida y sumándonos a los hermanos y hermanas que buscan que esa vida plena sea posible para todos y todas, para todo lo que habita el cosmos.

Por otro lado, esta experiencia de diálogo se ahonda y enriquece si hacemos también una relectura del Misterio desde una creciente conciencia de nuestra corporeidad. Conciencia que nos puede ayudar también a hacer una relectura de los votos. Acoger la vida como misterio.

Ser memoria profética de la vocación bautismal reveladora del amor del Padre.

Por los caminos de la experiencia

Partiré de mi experiencia en el caminar con la Vida Religiosa en Cuba en los pasados tres años y compartiré algunas intuiciones sobre la relación entre corporeidad, Vida Religiosa y nuevo

proyecto de sociedad que ando rumiando y soñando.

Deseo aclarar que no todo lo que compartiré es fruto de mi reflexión personal, sino que lo fui haciendo mío en la medida en que fuimos caminando como Conferencia de Religiosos en Cuba (CONCUR) y haciendo una relectura de la experiencia vivida. Por lo tanto la primera parte de mi compartir es algo de lo que quiero dar testimonio aunque seguramente estará pasado por mi propio tamiz.

Creo que al llegar a Cuba vivenciaba más la vida como problema a resolver que como misterio a acoger. Me explico. Al terminar mi servicio en la CLAR me parece haber llegado, junto con otros y otras, a la intuición de que la Vida Religiosa para vivirla con mayor sentido hoy en nuestro continente tendría que rescatar su dimensión mística y profética viviendo la vida como misión y no sólo como tarea apostólica.

Acostumbrada a vivir una Vida Religiosa centrada en la misión apostólica para que ésta fuera eficaz, evangélicamente hablando, nos decíamos, tendría que ser mística y profética, pero esto aún no me satisfacía.

Al hacer una relectura de mi experiencia en la CLAR tomé mayor certeza de que lo vivido en esos tres años de servicio, me hicieron más consciente en cuanto a que la

misión era la vida misma allí donde me tocaba vivirla, fuera por unos pocos días o algunas semanas, ya que fue una vida muy itinerante.

Lo que era cotidiano para mí trataba de vivirlo desde mi experiencia de un gran amor a Dios y a los pobres, con todo mi ser. Siempre me preguntaba cómo combinar la urgencia por querer responder a los gritos de sufrimiento de nuestros pueblos y aquella vida itinerante.

Los proyectos globales me motivaban y esa motivación me unía a la de tantos hombres y mujeres religiosos o no, que intentaban encender una lámpara en la oscuridad.

El Camino de Emaús y el encuentro con el resucitado me llevaban a ver la vida con optimismo y soñar con otros y otras la posibilidad de cambio de nuestra Vida Religiosa y de nuestro mundo.

Al terminar aquel servicio me fui a Haití varios meses y luego a Cuba y la realidad compartida me llevó a ver la vida desde otras perspectivas.

Empecé a abrirme a la posibilidad de acoger la vida como misterio, ya que el entorno modela e influye la relación con el misterio que en ella se encuentra. Las urgencias eran mayores y mi eficacia más pequeña.

Necesitaba una nueva sensibilidad para percibir a Dios en el fondo de aquella realidad. Para descubrir a Dios ahí en la impotencia y en mi vulnerabilidad y la de otros y otras, necesitaba amar profundamente esa realidad haitiana y cubana: amar a toda persona que se me cruzara en el camino. Como decíamos en el proceso vivido como Vida Religiosa en Cuba: “cuando amamos a las personas entonces nos comprometemos con ellas por el crecimiento de su calidad como personas, hijos e hijas de un Dios que no excluye a nadie. Y comenzaba a urgir la necesidad de descubrir a un Dios que trabaja en esas realidades juntamente con nosotros. Un Dios que está activo en todo, pero de una manera discreta, escondida la mayoría de las veces, para no abrumarnos con su infinitud y su sabiduría.

No hay situación, ni persona donde Dios no esté ni pueda ser contemplado. En la medida en que descubrimos a Dios en medio de nosotros, trabajando por nosotros y con nosotros, nuestra sensibilidad va cambiando y nuestras calles y campos ya no serán sólo espacios donde Dios está ausente, donde nos sintamos extraños y perdidos, sino lugares de encuentro con Dios entonces veremos la realidad con nuevos ojos y una nueva ilusión se encenderá en nuestro corazón.

Cada realidad con que nos topamos hay que respetarla y ello implica acogerla y amarla para poder confrontarla. Hay que afinar nuestros oídos y abrir nuestros ojos porque querámoslo o no Dios está gestando vida “por debajo”. Dios es el que hace crecer la semilla del Reino y se va revelando a su tiempo.

**Afinar
nuestros oídos y
abrir
nuestros ojos,
Dios
está gestando
vida
“por debajo”.**

Tratamos de reconciliarnos con nuestra realidad con todas sus ambigüedades como lugar sagrado donde Dios se nos revela y se hace presente.

Cuando nos violentamos podemos perturbar la acción de Dios en el mundo y el ritmo de las personas y el nuestro. Muchas veces descubríamos que nuestra impaciencia agota y niega el momento de Dios.

Donde se nos hace transparente la realidad es donde podemos acoger el misterio. Para ello hemos de aprender nuevas maneras de dialogar con el misterio de la vida de nuestros pueblos y con el misterio de nuestra propia vida.

Desde la realidad cubana llegamos a comprender que en la tradición más auténtica de la vida cristiana no hay mística sin ascética, profecía sin sabiduría, mística de ojos cerrados sin mística de ojos abiertos, gratuidad sin eficacia, ni utopía sin lo germinal

La mística es experiencia de Dios y conciencia de esa experiencia. Experiencia de Dios que se va haciendo en lo cotidiano y nos va adentrando en la hondura sin fin del encuentro con Dios.

Experiencia que se introduce en nuestro propio barro y que debe ser discernida y dialogada. La mística de ojos abiertos y de ojos cerrados nos lleva a penetrar el misterio de la realidad y a entrar en diálogo con las cosas sencillas y humildes viviendo una ascesis diferente libre de voluntarismos. La ascesis del que acoge la vida como viene, en gratuidad, como lo hace el manso de corazón nos lleva renunciar a veces a buenos proyectos para entrar en las nuevas propuestas de Dios en cada momento.

Se entra en un diálogo que hace aterrizar en lo posible y no en lo forzado sin dejar que la sensibilidad se embote en el activismo del que vive la vida como problema y no como misterio a acoger; y desde la acogida transformar junto con otros lo posible.

Es un dialogo que nos lleva a encontrar a Dios escondido en las cuatro paredes de casas sencillas, a encontrar al Dios vivo que actúa en situaciones de pobreza y debilidad.

Nos lleva a valorar el poder caminar con los sin poder, tejiendo relaciones de hermandad y celebrando los pequeños pasos. Es diálogo que lleva al encuentro de un Dios que llega gratuito e imprevisible a nuestra vida, convirtiendo la cotidianidad en milagro al ir descubriendo los pequeños brotes de vida y que el sentido del humor es parte de ese milagro.

Pero esto no basta, se necesita continuar el diálogo. En el pueblo de Israel encontramos profetas y sabios. Los profetas interpretan la realidad desde Dios y hablan en su nombre. Los sabios no mandan, no emplazan a nadie, son mistagogos que ayudan al pueblo a entrar en el gusto de Dios para irlo incorporando a la vida, saboreando la lógica de Dios. ¿Cómo vivir ese diálogo entre la profecía y la sabiduría a nivel personal y como Vida Religiosa?

Necesitamos integrar las situaciones difíciles para permanecer como profetas, superar la tentación de ser protagonistas individuales, señalar horizontes y acompañar en el camino.

Necesitamos tiempo, espacios, signos, encuentros para integrar en nosotros la sabiduría de Dios.

“Cuando nuestro cuerpo hace silencio y encuentra un espacio, los sentidos se despiertan y somos capaces de escuchar la voz de la Ruah dentro de nosotros”.

Nos vamos abriendo a descubrir que en cada realidad se ha de buscar cómo vivir la profecía a la que estamos llamados como Vida Religiosa de la mano de la sabiduría de manera diferente.

Esa acogida de la vida desde nuestros sentidos nos ayuda a discernir el momento oportuno, creer en los pequeños pasos, saber “poner el pie para que no se cierre la puerta”, a aprender a permanecer y a durar así como lo hace el pueblo siendo acompañantes cercanos del sufrimiento del pueblo y celebrando la fortaleza que se manifiesta en la debilidad.

Nos vamos haciendo capaces de ir descubriendo la utopía en lo germinal pues, no hay vuelta que darle, hay en nosotras y en nosotros infinitud de posibilidades pero somos seres limitados

también y esto nos hermana necesariamente y nos lleva a vivir desde la gratuidad.

4. Diálogo entre la gratuidad y la eficacia

La Vida Religiosa en Cuba se ha visto a sí misma como una existencia que se entrega gratuitamente en el servicio humilde de Dios y de su Reino. La gratuidad ha de dialogar con la eficacia puesto que el amor evangélico debe ser eficaz en la transformación de las personas, las comunidades y de la sociedad en su conjunto.

**Quando
nuestro cuerpo
hace silencio,
los sentidos
se despiertan y
somos capaces
de escuchar.**

La experiencia de la cotidianidad nos lleva a poner el acento en la existencia misma.

Acoger la vida como misterio que incluye un quehacer pero que no es lo único que la mueve. Dado que muchas veces lo cotidiano en la búsqueda de la sobrevivencia

también es parte de la existencia en el diario vivir en nuestra Vida Religiosa, ésta nos lleva a valorar cada minuto de la vida como una experiencia vivida en gratuidad y desde el amor hacia aquellos que te encuentras en la bodega, en la calle, en la vecindad porque de alguna manera compartes lo que es cotidiano en la vida del pueblo.

La existencia en sí misma cobra gran sentido pues es la vida misma vivida en unión con Dios la que se experimenta de manera gratuita. Ahí encuentras a Dios que se muestra de manera discreta pero contundente como decíamos al principio. La eficacia entra en lo evangélico y en los valores humanos del compartir, escuchar, hermanar, vivir la solidaridad, la gratuidad, la conciencia de tu dignidad como persona pues son germen para el cambio. La mirada se hace larga porque descubre en lo pequeño lo que hay más allá y lo germinal entra en diálogo con la utopía.

Diálogo entre la utopía y lo germinal

La Vida Religiosa en Cuba se ve a sí misma como pequeña con pocas instituciones y pocos recursos, como algo diminuto que lleva dentro un germen de un futuro nuevo, como el grano de trigo que lleva dentro de sí la cosecha futura.

Ese diálogo entre lo germinal y la utopía se da al arraigarse, sembrarse y echar raíces profundas en la tierra cubana para sentir que el Reino pasa por nosotros en contraste con aquellos que viven desarraigados en su tierra, con las raíces en el aire y no pueden sentir la dicha del Reino que los recorre por dentro porque la vida se vive como problema a resolver y no como misterio a acoger.

**Vivir la
solidaridad,
la gratuidad,
la conciencia
de dignidad como
persona son
germen
para el cambio.**

Para que la vida cambie hay que amarla como es. Cambiará en la medida en que se dé ese diálogo entre la capacidad de generar y descubrir la novedad de Dios y en acoger y descubrir cómo llevan en sí una gran fecundidad futura las vidas que parecen fracasadas.

Se da el diálogo al cultivar procesos de crecimiento disfrutando cada paso nuevo, cada novedad que surge en nuestras comunidades y en nuestro pueblo.

Se da el diálogo en la celebración en todos los momentos del camino, en la experiencia fraterna eclesial que junto con el pueblo celebra lo pequeño que lleva en sí un germen de futuro.

Se da el diálogo entre lo germinal y la utopía en el acompañamiento silencioso y cubierto de cierta clandestinidad con aquellos que valoran lo ganado en su proceso como pueblo y con aquellos que no se han ido pues creen en la capacidad de cambio y en la utopía del Reino que les empuja a seguir luchando y esperando. El reto se hace más claro cuando vives el misterio en que se obliga a algunos a vivir con la cabeza agachada y tomas conciencia de que esa obligación es una forma intolerable de tortura.

Es ahí cuando te das cuenta de que quizás como Vida Religiosa necesitamos releer el Misterio en diálogo con la corporeidad ya que la nueva sensibilidad ante el misterio también supone la conciencia de corporeidad, de interioridad y el desarrollo de una nueva ética...

Misterio de vida vivido y mirado desde nuestra corporeidad en diálogo.

Me parece que la nueva sensibilidad ante el misterio también supone la conciencia de corporeidad, de interioridad y el

desarrollo de una nueva ética. Intentaré dar algunas pinceladas sobre ello. Esta sensibilidad es inspiradora y nos mantiene cercanas/os a la vida.

Una anciana bruja de Ranchos me dijo que La Que Sabe lo sabía todo acerca de las mujeres y había creado a las mujeres a partir de una arruga de la planta de su divino pie: por eso las mujeres son criaturas que saben, pues están hechas esencialmente con la piel de la planta del pie que lo percibe todo.

No sólo aprendemos por la cabeza, sino por los pies, las manos, los ojos, por los oídos, el tacto, por las entrañas, por el corazón. Creada de una arruga de la planta del pie, está la sensibilidad histórica que inspira la mistagogía o acerca al misterio de la alteridad. Creada cerca de la tierra, horizonte humano y cósmico: no sólo manos, no sólo ojos, oídos, gusto, olfato, sino pies, simbología ligada al paso, a caminos recorridos, familiarizan con el cansancio, con la búsqueda, con el movimiento.

El ser humano como ser corporal: corporeidad y diversidad se acerca al misterio y desde ahí vive la experiencia mística y profética, desde ahí se da el diálogo entre la mística y la ascética para no caer en voluntarismos, desde ahí se da el diálogo

entre la profecía y la sabiduría para no caer en mesianismos, desde ahí se da el diálogo entre la gratuidad y la eficacia para no convertirnos en Prometeos, desde ahí se da el diálogo entre la utopía y lo germinal para no vivir atrapados por el pesimismo o la fantasía de lo que nunca podremos alcanzar.

La conciencia de nuestra propia corporeidad se convierte en la gran maestra de la vida porque a la vez que nos lanza a la creatividad y al futuro, nos hace tocar el límite y la vulnerabilidad que nos hermana con todo y con todos y todas. Pegados a la tierra que tocan nuestros pies nos hacemos barro con el barro, agua con el agua, viento con el viento, fuego con el fuego, humano y humana con el olor de los humanos y sus luchas cotidianas y así podemos hacer de veras nuestro lo del otro, lo de la otra.

Te llegas a saber y sentir creatura hecha de la misma química y textura de la tierra y del cosmos y sobretodo de todos los seres humanos.

Te alegras con la belleza de las palmeras y te dueles con el humo contaminante del cobre o del bióxido de carbono.

No se queda como vivencia en la cabeza ni en el sentimiento sino que se queda dentro y desde dentro van surgiendo las nuevas posibilidades.

¿Será cierto que somos cuerpo?

El ser humano como ser corporal: corporeidad y diversidad.

El cuerpo es considerado hoy por la Antropología como algo fundamental para explicar y comprender al ser humano en su totalidad, no como una parte externa y negativa, sino como expresión y presencia de su totalidad, como su modo de ser y realizar la propia vida personal.

La persona se nos muestra como un “espíritu encarnado” o, mejor, como un “espíritu corporalizado”. Hablamos, pues, de corporeidad, en el sentido de que el cuerpo afecta a la totalidad de la persona. Es expresión del hombre y de la mujer real y lo más originario suyo.

La conciencia de nuestra propia corporeidad se convierte en la gran maestra de la vida.

El espíritu no es algo que se añade al ser vital para convertirlo en ser

humano, sino que la corporeidad incluye por igual cuerpo y espíritu.

El hombre y la mujer existen y se realizan, expresándose corporalmente. El cuerpo es lo que le permite ser con los otros y realizarse en el mundo. Nuestro cuerpo no es un objeto como los otros objetos.

Más allá de todos los aspectos objetivables (medir, pesar, mover), nosotros somos nuestro propio cuerpo. La persona concreta es, ciertamente, un ser orgánico. Es decir, el hombre, la mujer como ser corporal, pertenece al mundo de los seres vivos y, por ello, se encuentran en él todos los aspectos y funciones propios de los otros organismos vivientes: nace, crece, se reproduce, se relaciona.

El cuerpo se ve sometido a todas las leyes del mundo físico y biológico: siente hambre, necesita descanso, está ligado al tiempo y al espacio (finitud), se relaciona con otros y otras. Pero también nos ha de quedar claro que no podemos identificar al ser humano sólo con su dimensión orgánica. La persona, como ser corporal, es cuerpo humano. El cuerpo participa en toda la vida de la persona y ésta se expresa y realiza por medio de él.

Toda persona se considera espontáneamente sujeto único de acciones corporales y espirituales. Y así, del mismo modo que el pensar va unido a la palabra, el cuerpo orgánico se plenifica como cuerpo humano creando una

auténtica unidad personal de acción y de realización.

Así pues, no podemos afirmar, sin caer en el equívoco, “que yo tenga un cuerpo”, ya que no puedo deshacerme de él, y lo propio del tener es exterioridad, es decir, la posesión de un objeto distinto de mí y del que puedo deshacerme. He de afirmar que “yo soy cuerpo”. Esto significa: - Que el cuerpo es vivido desde dentro como yo mismo:

- Que el organismo participa en toda la realización de la persona.
- Que la persona se realiza en el cuerpo y a través del cuerpo.
- Que el hombre y la mujer no están sólo orgánicamente en el mundo, sino humanamente, expresándose y realizándose en diálogo con los demás

Nos realizamos en el cuerpo y a través del cuerpo

De esta manera, ahora alma y cuerpo dejan de tener sentido dualista, y tanto un término como el otro indican a toda la persona. Así, el cuerpo indica que la persona humana es también organismo vivo, que realiza su existencia a partir de su organismo, pero revis-

tiéndolo de significado humano. Del mismo modo, el alma indica a toda la persona, en cuanto que se tiene que realizar en el cuerpo pero sin identificarse totalmente con él, sino siendo la fuente de donde brotan todas las actividades libres y personales.

Cuando nos referimos al ser humano podemos definir corporeidad como “la vivenciación del hacer, sentir, pensar y querer” (Zubiri, 1986).

La corporeidad se refiere al ser humano, y por tanto, el ser humano es y vive sólo a través de su corporeidad y ésta tiene una historia, una manera de forjarse distinta en cada persona.

Cada persona desde su corporeidad tiene la experiencia en sí de la diversidad. A mayor conciencia de quienes somos y de la capacidad de diálogo en nosotros mismos/as, de diálogo con nuestra propia diversidad más posibilidad de vivir en plenitud como personas y entrar en diálogo y relación con otros/as que son diversos y el Otro que es completamente Otro.

No sé si a veces en la Vida Religiosa da la impresión que estamos lejos de vivir en diálogo con nuestro cuerpo. Así también perdemos la posibilidad de que todas las dimensiones de nuestra vida se relacionen de manera más consciente con Dios y con los

demás, con la tierra, con el cosmos y con el misterio que ello encierra.

Una manera diferente de acercarnos al Misterio desde nuestra corporeidad

Si queremos entrar en verdadero diálogo y relación con otros/as que son diversos y el Otro que es completamente Otro, el primer paso es entrar en dialogo con lo diverso que hay en mí. ¿Cómo relataríamos nuestra historia personal si hiciéramos memoria de quiénes somos desde nuestra corporeidad?

Hemos escuchado, leído muchas veces que somos agua, aire, tierra, calor, energía, minerales, vegetales, productos químicos. Una cosa es haberlo escuchado o leído, otra es el atreverme a mirarme a mí misma y narrarme desde esa realidad y simbología.

Hemos experimentado que somos quienes somos influenciados por el entorno familiar, social, económico, político, cultural, religioso. Hay otras personas en mi historia que me han ayudado a ser quién soy hoy. La diversidad la tenemos dentro pero ¿cuánto entramos en diálogo con esa diversidad?

Puedo entrar en diálogo con eso que tengo dentro que también soy yo, órganos, líquidos, energía,

mi sexualidad, mi género: lo femenino y lo masculino que hay en mí.

Si nos diéramos tiempo y espacio para ello descubriríamos nuevas posibilidades en nosotras mismas/os y creeríamos más en las posibilidades desconocidas en otros y otras.

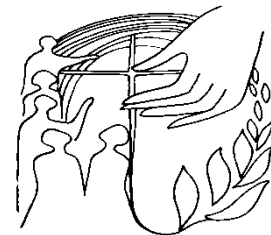
¿Cuán acostumbrada estoy a dialogar con lo inédito en mi vida? Soy también mi experiencia religiosa. Me relaciono con el misterio, con Dios y con el otro/a a mi modo. ¿Cómo ha ido creciendo mi relación con Dios, cómo ha ido creciendo la conciencia de que su vida tiene que ver con la mía, con todas las dimensiones de la vida? Y desde ahí, desde esa conciencia de mi corporeidad, lo que viven nuestros hermanos y hermanas, lo que sufre la tierra y el cosmos no me puede ser ajeno porque de alguna manera también me toca a mí en mi parte vulnerada y en mi manantial de agua viva.

¿Cómo hacerme consciente de lo que viven otros si no me hago consciente de lo que pasa en mí y que me toca a mí aunque yo directamente no lo viva?

No puedo evadirme de que hay algo que me hermana con los otros, la naturaleza, los animales, la tierra, el cosmos. Soy como ellos, soy parte de ellos. Esto de alguna manera se explica pero es también Misterio.

El dejar que crezca en mí una nueva sensibilidad hacia el Misterio, me adentra en mi corporeidad y la trasciende, me lleva a dar otros pasos. Pues no se puede ser místico, ni profeta, ni sabio o sabia, ni asceta sin cuerpo. Pues es desde mi corporeidad que me relaciono con el Misterio y éste se relaciona conmigo.

Es desde mi corporeidad que me experimento limitada ante el Misterio y a la vez con la infinita capacidad de entrar en él. Es a través de todos los sentidos, elementos, fuerzas, diversidad, capacidad de pensar e interiorizar, celebrar que me hermano con los demás seres humanos, la naturaleza y el cosmos.



Es a través de los sentidos, elementos, fuerzas, vulnerabilidad que nos hermanamos con el sufrimiento que viven nuestros pueblos y también en sus luchas por lo que es justo y digno. Esta frase de Humberto Eco pronunciada en Brasil en el año 1994 en la ciudad de Sao Paulo y que podría ser repetida en todas las latitudes: "Obligar a alguien a vivir con la cabeza agachada es una forma intolerable de tortura..."

El estupro no respeta el cuerpo del otro. Todas las formas de racismo y exclusión, toda forma de dominación de unos sobre otros constituyen en última instancia maneras de negar el cuerpo del otro.

Podríamos hacer una relectura de la ética en la perspectiva del derecho de los cuerpos y de las relaciones de nuestro cuerpo con el mundo” ¿tendrá alguna vigencia entre nosotros? ¿Cómo acogemos esos gritos que escuchamos, eso que conocemos? ¿Cómo esto cambia nuestra manera de vivir? ¿Cuál es el eco en nuestro cuerpo del sufrimiento de nuestros hermanos y del maltrato de la naturaleza?

Estamos de acuerdo que crece la pauperización de los pobres y es creciente su exclusión de medios de vida dignos y humanos. ¿Cuál es la vida alternativa que la Vida Religiosa está construyendo ante la deshumanización que viven los pobres, los pobres en nuestros países?

¿Puede la Vida Religiosa desde su conciencia de corporeidad vivir el seguimiento de Cristo de manera alternativa que denuncie el grito de nuestros pueblos? ¿Puede desde ahí contribuir a la construcción de una nueva manera de relacionarnos desde la perspectiva del derecho de los cuerpos y de las relaciones de nuestro cuerpo con el mundo?

¿Qué tiene que decir al mundo nuestra manera de vivir los votos si

esta manera parece no tocar la vida de los otros?

Una relectura de los votos desde la corporeidad tarea pendiente. Hacer una nueva relectura de los votos desde la corporeidad es una tarea pendiente.

Tener una mayor conciencia de nuestra corporeidad.

Si nuestra corporeidad nos hermana y tantos hermanos nuestros, viven tantas formas de racismo y exclusión y de dominación de unos sobre otros y esto constituye en última instancia maneras de negar el cuerpo del otro, podríamos hacer una relectura diferente de la ética y nuestros modos de relacionarnos en la perspectiva del derecho de los cuerpos y de las relaciones de nuestro cuerpo con el mundo. Una relectura que lleve al diálogo entre la corporeidad, la conciencia de género y los votos podría abrir nuevos caminos y maneras de acercarnos y de acoger el Misterio hoy en el seguimiento de Jesús en la Vida Religiosa.

El primer paso es tomar conciencia de nuestra corporeidad: somos cuerpo, somos espíritu, decíamos. La vivencia de los votos refleja una manera de relacionarnos, el cómo nos relacionamos con las personas, la naturaleza, el cosmos, las cosas y Dios, ¿cierto? Por lo tanto reflejan la manera de acercarnos al Misterio y acogerlo.

Si este acercamiento al Misterio fuera desde el diálogo entre lo femenino y masculino que hay en nosotros y nosotras nuestra vivencia de los votos podría ser más integrada y a la vez más radical. ¿Qué significaría para los religiosos y religiosas tener una mayor conciencia de nuestra corporeidad? ¿Supondría esta conciencia una metodología de lectura sobre la corporeidad?

Corporeidad femenina y masculina que me lleva a vivir la vida de manera diferenciada y a la vez con posibilidades dialogantes innumerables. ¿El seguimiento de Jesús en la vivencia de los votos de pobreza, castidad y obediencia comprendería un contenido más armónico también para el que lo asume como compromiso de vida y más vital que hablaría por sí solo?

Lo femenino como sabiduría impulsa a soltar amarras en lugar de poseer, por ello tenemos que volver a descubrir y a expresar su capacidad creadora y transformadora.

Lo femenino consciente evoluciona a acoger la vida como misterio través de la imaginación creadora y se relaciona con la vida y la energía renovadora haciéndonos sentir imbuidos en la vitalidad del amor, la belleza, la pasión y la renovación integradora.

Muchas veces el juicio y la racionalidad se constituyen como factores dominantes y la necesidad de realización, el sentimiento, el cariño y el cuidado de la Naturaleza y de las personas quedan desatendidos. Se pierde el equilibrio y la armonía en el interior y exterior de uno mismo.

La lectura del cuerpo de la mujer como palabra, su aspecto sincrónico, su convergencia sincrónica y diacrónica como lenguaje simbólico puede enriquecer el contenido y la vivencia de los votos. Así también la lectura del cuerpo del hombre puede abrirnos a nuevas perspectivas también. La comunidad humana se fortalece cuando reconoce su capacidad de entrar en dialogo con los opuestos, cielo y tierra, vida y muerte, femenino y masculino porque reconoce el aporte de ambos.

Pobreza, celibato por el Reino y obediencia

Una relectura de los votos desde la corporeidad puede aportar una gran riqueza a su vivencia. Solo daremos algunas pinceladas que

nos inviten a ir más allá. Los pobres están aquí entre nosotros, se multiplican, son continuamente amenazados por la miseria. Optar por los pobres es acercarse a ellos, a su mundo, manifestar con gestos reales que estoy de su parte, querer ser acogida por ellos, hacerme su amiga, escucharles, aprender de ellos, dejarme cuestionar por ellos, apoyándoles y acompañándoles, dejándome apoyar y acompañar me llevarán a vivir mi voto de pobreza de manera nueva.

Su cultura y su pobreza son valores para el hoy y el futuro de todos y todas; el acoger y desarrollar su riqueza constitutiva de ser persona y asumir lo que significa ser persona juntos nos dignifica a todos y todas. Un corazón pobre supone una conciencia profunda de nuestro ser criaturas.

**El celibato
por el Reino
releído
a la luz de la
conciencia
de corporeidad,
abre nuevos
horizontes.**

Sentirse criatura es percibirse limitada, frágil, dependiente, no suficiente con una conciencia básica de que es Dios quien nos sostiene. Saberse criatura pecadora y perdonada, salvada, llamada a ser hija. Con una actitud de agradecimiento por todos los dones recibidos. Un corazón pobre confía sólo en Dios.

La preferencia por los pobres se considera parte integrante del voto de pobreza. Si en mi cuerpo no siento el atropello que viven los empobrecidos, vivo como si no fuera cuerpo. Si no me siento vulnerable y lo vivo con agradecimiento como parte de mi ser criatura no me puedo sentir hermana.

El seguir a Jesús pobre supone un cambio de lugar, al menos por un tiempo si no puede ser de por vida, pues si no mi mentalidad no cambiará. ¿Cómo entender la pobreza si mi cuerpo no se afecta de alguna manera?

Aunque en el celibato vivimos una fuerte experiencia de pobreza que de alguna manera nos solidariza con los pobres, la cercanía y la amistad con los pobres con nombre y apellido es lo que se meterá dentro de nosotras y nosotros.

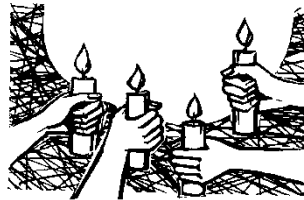
Soy un ser relacional, son las relaciones las que me cambian, me humanizan.

El modo como se da el diálogo en mí entre lo femenino y lo masculino también me lleva a vivir el celibato de manera más plena. Se despertará la creatividad y la libertad. Lo femenino siempre respeta y venera los Misterios de la Naturaleza porque son sus propios misterios y se duele cuando le quieren cambiar sus rumbos naturales.

Por eso, como una madre sufre los gritos de la tierra, los gritos de sus hijos y de sus hermanos los siente en sus propias entrañas. Por ello se es capaz de guardar, proteger, abrigar, hasta el momento del nacimiento y nutrir aún después. Aunque biológicamente no se llegue a ser madre ni esposa a las mujeres nos constituye un cuerpo abierto al encuentro, signado en su tiempo por la sangre, una capacidad estructural interna y externa, de llevar, liberar y nutrir la vida.

Esa capacidad desde nuestro cuerpo es parte de lo femenino en la mujer pero también en lo femenino del hombre es posible ensancharlo. El celibato por el reino releído a la luz de la conciencia de corporeidad abre nuevos horizontes. ¿Cómo sería la experiencia comunitaria si deparamos que hubiese un diálogo mayor entre lo femenino y lo masculino? ¿Cómo son nuestras relaciones cuando se da una mayor integración en uno de lo femenino y masculino y no

andamos buscando en otros/as lo que creemos nos falta? ¿Hasta dónde seríamos capaces de dar la vida como expresión plena de nuestra sexualidad?



Tenemos que redescubrir y re-expresar nuestra capacidad creadora y transformadora. Si aprendiéramos a escuchar, audire, con todos nuestros sentidos seríamos más capaces de escuchar lo que Dios quiere en el día a día desde lo pequeño y así poder seguir su voluntad.

Vivir a la escucha del Espíritu que se manifiesta en y dentro de la de las personas, de los acontecimientos, y de la historia nos puede abrir a nuevas maneras de vivir la obediencia.

La violencia ejercida contra la naturaleza y las formas de racismo y exclusión, toda forma de dominación de unos sobre otros que constituyen en ultima instancia maneras de negar el cuerpo del otro no serían ajenas para mí porque también algún elemento en mí se sentiría aludido e interpe-lado. Esa nueva sensibilidad que vamos desarrollando nos pondría más atentos a los gérmenes de

vida en mí y a nuestro alrededor y se despertaría en nosotros y nosotras la capacidad de celebrar la vida como inherente también a la obediencia.

La plataforma de la obediencia para el cuerpo congregacional al que pertenezco sería más claramente la realidad de los humanos, de la naturaleza y del cosmos y sería quizás más fácil decir presente junto a otros u otras que buscan mejores condiciones de vida.

¿ Cómo sería la experiencia comunitaria si deparamos que hubiese un diálogo mayor entre lo femenino y lo masculino. ?

Por lo tanto. Esa nueva sensibilidad desde el diálogo entre la mística y la ascética, la profecía y la sabiduría, la gratuidad y la eficacia, lo germinal y lo utópico y desde la conciencia de nuestra corporeidad nos invita también a hacer una relectura de los votos. Lo sensual ha de ser valorado como lo espiritual, lo intangible como lo concreto, y los logros patriarcales

integrados y redimensionados y lo femenino redescubierto.

A lo largo de la historia, las mujeres hemos sido las depositarias del significado de las emociones y de los valores pero no para retenerlos sino para llevarlos otra vez al mundo.

Los hombres van siendo invitados a abrirse al aspecto dinámico de lo femenino y por lo tanto a facilitar las necesarias modificaciones en las estructuras sociales, económicas y religiosas juntos con las mujeres a hacer sus aportes desde la colaboración y hermandad. Todavía queda mucho por profundizar, ahondar, cambiar en nuestra relectura de los votos.

No olvidemos que la nueva sensibilidad ante el misterio que también supone la conciencia de corporeidad y de interioridad supone el desarrollo de una nueva manera de relacionarnos entre nosotros los humanos, con la tierra y el cosmos. Esto es el desarrollo de una nueva ética. Una ética basada en las relaciones de iguales porque todos somos constituidos con los mismos elementos, fuerzas, posibilidades.

Hay un ADN que nos hace humanos y nos hermana a la naturaleza y el cosmos. ADN que nos diferencia sí pero que nos pone en capacidad de diálogo para buscar el bien común. Esa capacidad de diálogo con la diversidad que tenemos las personas.

Capacidad de encuentro entre diversos que nos da la facultad, y diría también, que nos obliga a crear un ethos habitable donde todos quepan, donde todos podamos ser personas en plenitud, donde todos y todas podamos proteger y hacer crecer las semillas de bondad, de solidaridad, de compasión, de justicia y cuidado, de libertad a que estamos llamados los hijos e hijas de Dios.

La nueva feminidad cuando encuentra su espacio puede jugar y danzar en los bosques, atraer, cuidar el alma de la comunidad o ser maternal como las diosas de la mitología. Puede actuar como Atenea, promoviendo la civilización, las artes y los oficios.

De esta manera puede devolver a la conciencia la fuerza amorosa y creativa de la naturaleza femenina. Pero las mujeres en la VR muchas veces tenemos miedo de hacernos visibles.

Por lo tanto hemos de escuchar nuestros deseos que como los de María, y de otras mujeres y hombres de la historia, nos lleven a dar el todo por el bienestar y el alivio de la miseria y así gestar una nueva creación.

Juntos podremos cantar sobre la subversión que hace Dios en la historia a través de la entrega incondicional de hombres y mujeres que siguen a su Hijo, Jesús de Nazaret en la historia, y restaurar el alma y el cuerpo del planeta.

Podremos caminar juntos reconstruyendo la visión del cosmos desde el diálogo de lo diverso.

Hacernos visibles de esa manera no puede llenarnos de miedo.

En ese diálogo con lo diverso nos entrelazaremos con el cosmos tejiendo redes de reconciliaciones en lo cotidiano, felices y libres, porque crearemos una humanidad nueva.

Agradecidos de redescubrir nuestro cuerpo que nos abre a una experiencia de diálogo más diáfana entre la mística y la ascética, la profecía y la sabiduría, lo cotidiano y lo global, lo gratuito y lo eficaz, lo germinal y la utopía, crecerá en nosotros y nosotras el deseo de ser uno con los demás hombres y mujeres, de ser una con la tierra, de ser una y uno con el cosmos con el que formamos un solo cuerpo. Cuerpo que anhelamos sea transformado y hermanado.

Seremos uno y una con el Dios discreto que trabaja de manera imperceptible.

Construiremos una nueva Vida Religiosa y nuevas maneras de vivir los votos.

Iremos construyendo y redescubriendo un lugar habitable para todos y todas.

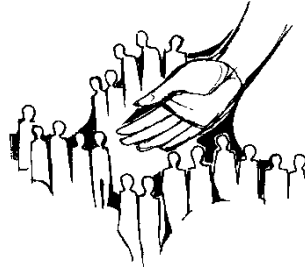
Celebraremos que el espacio que anhelamos quede abierto al diálogo de lo diverso desde lo pequeño y con los sin poder pues aunque tenemos una infinita capacidad somos limitados.

Somos cuerpo y así queremos acoger la vida como Misterio.

Actitud de apertura hacia el misterio del hermano

“EN CAMINO HACIA DONDE EL AMOR NOS LLEVE”

Antonio Gerardo Fidalgo, C5sR



La Vida Consagrada, como “Signum Fraternitatis” –

La vida fraterna, ha sido sin duda un distintivo significativo en la historia de la Vida Consagrada (VC). Desde siempre, la VC, ha buscado ser, entre luces y sombras, esa concreción radical de lo que es la Iglesia, lugar de convocación, comunión y misión. A su vez, la VC con su estilo de vida, ha buscado proponer un modo concreto de fraternidad más allá de los límites que nos impone la humana condición. Aquí ha radicado su gloria y su miseria.

En los albores de un nuevo milenio podríamos preguntarnos qué hay de esa realidad tan peculiar de la VC, qué aporta y qué puede seguir aportando. De cara a un mundo y a una Iglesia siempre necesitados de vínculos reales de comunión, de unidad, de paz y de solidaridad, ¿tendremos algo que aportar?

Es claro que, la VC, en general, decrece en número. Las causas de este dato son múltiples y no siempre están interconectadas. Causas sociales, religiosas, culturales, económicas, eclesiales.

No entraremos aquí en esos derroteros, pero una cosa sí señalamos: no habría que buscar las causas en tan solo la crisis de vocación sino más bien en una crisis de identidad total de la VC, pues este factor no sólo hace que lleguen pocos sino que sean pocos los que permanezcan y perseveren.

La identidad total tiene que ver con el modo como se realizan las personas que llegan a la VC y que traen consigo los desafíos epocales.

Creo que podemos percibir y creer en el soplo siempre vivo del Espíritu que renueva y hace nuevas las cosas.

De allí, que también creo que estos son tiempos para abrirnos al milagro que el Señor de la Vida nos está dando en aquellos que se levantan y se animan a vivir como “credos vivientes”, como anuncio profético de una vida nueva superando todo desánimo y decaimiento.

A estos tales, los hemos de descubrir dentro de la gran familia de la VC, pero, me parece, quizás sobre todo en tantos laicos/as, en tantos hombres y mujeres de buena voluntad que, como siempre, en el entramado de nuestro mundo están gestando una historia diferente, alternativa.

Dichas estas cosas, quisiera, ante todo, agregar que este humilde aporte va como un “credo esperanzado y esperante”. Creo, a pesar de todo y espero más allá de todo. Sí, creo y espero con un espíritu de humildad y audacia que sólo la gracia del Señor de la Vida puede suscitarme.

Siendo ésta, finalmente, mi forma de amar. Pues bien, creo que la VC puede ser ese milagro profético – sapiencial que apunte a poner de pie a la Iglesia y al mundo ayudándoles a encontrar claves para una vida en comunión, en verdadera unidad que integre las diferencias, sabiendo encontrar caminos de vida en medio de tanta exclusión, muerte y marginación. Espero que podamos ofrecer el milagro de hacer de nuestro mundo esa “casa común” donde vivamos como verdaderos hermanos y hermanas, en los que “ya no hay judío ni griego, siervo no libre, varón ni mujer, dado que somos todos uno en Cristo Jesús” (Gl

Quizás estas consideraciones les suenen mucho a “utopías”, y creo que tienen razón, pues me parece que estos tiempos, frente a todos los que pueden opinar lo contrario, son tiempos para recuperar la “utopía”; sí, para recuperar la utopía del proyecto del Tata Dios;

para recuperar esa su locura de amar sin medida con la única medida del amor mismo, ese amor utópico que tuvo en vilo a los “santos profetas” y a nuestros/as fundadores/as.

**Crear
en el soplo
siempre vivo del
Espíritu
que renueva
y hace nuevas todas
las cosas.**

Ahora bien, con este aporte no quisiera otra cosa que estimularnos honda y críticamente a levantar nuestras vidas consagradas como una “enseña” de vida que flamea en lo alto y atrae a todos hacia sí, a imagen y semejanza de Jesús en la Cruz. Hacer que nuestra vida fraterna sea una “enseña” que señale un camino hacia el corazón fraterno del crucificado que atrae a todos hacia sí para darles vida; hacer que sea enseñanza de fraternidad en las entrañas de un mundo, a veces, desentrañado y mal entrañado.

Para llevar adelante este cometido, partiremos de algunos puntos que nos sugiere la exhortación apostólica Vita Consacrata (VC), buscando proponer caminos concretos para que la Vida Consagrada pueda ser un “signum fraternitatis” para el hoy de nuestra historia.

Con buen tino histórico en VC 41, se nos recuerda que “la VC posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad”. Y dentro de este contexto se habla de “la belleza de la comunión fraterna”; esta belleza es sin duda su densidad teologal, esa realidad epifánica que muchas veces ha impactado y seducido a muchos para seguir las huellas del Señor por los caminos de los distintos institutos de VC, así como también, ha sido motivo para muchos hombres y mujeres, de encuentro con el Dios vivo y verdadero. Y ello, porque en los consagrados/as se podía encontrar realmente personas transformadas, “transfiguradas”; realmente a ellos se les podría aplicar aquello de: ¡Vean cómo se aman!

La VC ha sido sin duda la que más ha contribuido a renovar la belleza de la misma Iglesia, despojándola de oropeles mundanos y devolviéndole la frescura del amor primero, aquel de la esposa siempre virgen, de la madre siempre dispuesta para un nuevo parto. El fundamento de esta belleza es sin duda, el amor; sólo ese amor incondicional que ha echado raíces en el corazón consagrado, es capaz de mover a una vida en el amor recíproco, también incondicional (VC 42).

Para que la VC sea realmente espacio teologal de comunión fraterna se necesitan cultivar, al menos, dos actitudes básicas. En primer lugar, una actitud de clara apertura hacia el misterio del Dios

de Jesucristo, una clara disponibilidad para oír su voz y seguirlo obedientemente y, por otro lado, una actitud de apertura hacia el misterio del hermano. Veamos un poco en detalle estas dos actitudes.

Apertura hacia el misterio del Dios de Jesucristo

Las personas consagradas en primer lugar viven “para Dios” y “de Dios” (VC 41), esta dimensión que no vamos a llamar de verticalidad sino de hondura, es hoy sumamente necesario ponerla de relieve. Al Dios de Jesucristo, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, se lo descubre en la densidad de un encuentro siempre misterioso y paradójico, tan real como especial; en un encuentro hondo y entrañable del misterio de Dios en el misterio humano.



Por ello, me parece, que hoy el reto para una hondura religiosa en los/as consagrados/as, pasa por una espiritualidad que para que sea digna de ser tal, necesita ser expresión de una cierta hondura en y de lo humano; un divinizar humanizando. Sí, ahondar en su ser humano, buceando en sus profundidades para descubrir los retos y las

maravillas que el Espíritu de Dios está recreando en su interior. Ha llegado la hora de sacar a relucir la letra, la palabra, ¡la ley nueva! de amor que el Señor de la Vida ha escrito en nuestros corazones. Ha llegado la hora de ser “glorificados”, sí, nuestra gloria, como la de Jesús es la que se nos ofrece en la dinámica del grano de trigo que cae en tierra, muere y da mucho fruto.

Pues bien, de eso se trata, de captar la lógica de la verdadera experiencia religiosa, esto es, que lo que nos religa al Dios de la Vida, que nos ha llamado a ser servidores de la vida, no es la huida fuera de nosotros ni el engréimiento de nosotros mismos o el encerramiento en nosotros mismos. No, se trata de una lógica muy distinta, la lógica de la kénosis, la que nos indica que para elevarse hay que enterrarse, para ser glorificados hay que humillarse, para vivir hay que morir. Ha llegado la hora en la VC de estrenar corazones nuevos.

Se necesitan transplantes de corazones. Se necesitan hermeneutas del corazón, hombres y mujeres que se animen a leer, meditar lo que el Espíritu está descifrando en sus conciencias. Desde esta hondura mística podremos luego salir a esculpir, a modelar un rostro nuevo de VC y por tanto de Iglesia y de mundo.

La belleza que estamos llamados a comunicar, no es otra que la que surge de dejar traslucir ese icono de Dios redescubierto y resucitado desde lo más hondo de nosotros mismos. Hoy se habla

mucho de “refundar” y de “reestructurar” la VC y creo que intencionalmente se tiene razón pero, no sé si se llega a acertar en los caminos que se proponen para ello. Temo que sólo se busquen cambios “externos”, institucionales, sin apuntar a lo que realmente se necesita para un proceso de refundación y de reestructuración.

Por ello, me parece que, tal vez, haya una tarea previa, algo así como de “restauración” “reconstitución” (en el sentido de recuperar la fuerza icónica del origen). Sí, es hora de restaurar, reconstituir, ese icono del Dios trinitario que es la VC, pues el tiempo y la historia no lo han cuidado lo suficiente y ha quedado algo opacado, desfigurado, cuando no, lesionado en su identidad al punto de no ser ya reflejo del misterio que encierra.

Por lo tanto, lo primero es un trabajo de artistas, de místicos, de artesanos del espíritu, que con paciencia y coraje, tomen el cincel delicado del Espíritu y se dediquen a hacer aflorar la verdadera obra de Dios, sacándole los aditivos espurios que le hemos colocado en el pasado. Es toda una tarea de transformación, de cambio radical de formas, pero que no lleva sólo a cambiar una forma por otra sino hacer emerger la forma icónica original que Dios ha impreso en la vocación – misión de toda VC llevándola a convertirse en algo nuevo.

En este sentido hay que seguir las lógicas de los iconos orientales, que restaurados y conservados en sus líneas

originales resplandecen como nuevos y su mensaje único, perenne, se actualiza a los ojos de aquellos que los contemplan llevándolos a la experiencia profunda del misterio que ellos dejan entrever.

Desde el posconcilio se ha venido haciendo mucho en cuanto a la renovación de las constituciones de los diversos institutos sobre la base de la búsqueda de una mayor fidelidad a los orígenes fundacionales. Pero, no basta con ello. No es cuestión de sólo volver a la frescura fundacional y ser fieles a los/as fundadores/as, si bien eso es ya un buen paso. Lo que se debe hacer es ir más allá. Así como no sólo estamos llamados a seguir e imitar a Jesucristo, sino a “pro-seguir” su vida, su causa, de la misma manera estamos llamados “a hacer cosas aún mayores” que nuestros fundadores/as.

En este sentido, ha de haber una refundación, una reexpresión del carisma original de modo que exprese mejor lo que Dios quiere expresar por medio de dicho carisma al mundo de hoy, dando origen a reestructuraciones nuevas.

Apertura al misterio del hermano/a

Una apertura que ponga en diálogo el misterio y la fragilidad, la fortaleza y la vulnerabilidad. Hemos sido creados para la comunión. Hemos sido hechos capaces para el encuentro profundo con Dios y en él con los demás como hermanos y hermanas. Somos hijos en el Hijo,

hermanos y hermanas en el Hermano mayor. De aquí que, no encontramos camino posible de realización personal que no vaya en sintonía con el de los “otros”. Pero, la comunión no es magia, salto cualitativo del límite humano al desborde de lo divino.

La comunión es un milagro que se posibilita en la fe cuando se pone ante el Señor nuestra vulnerabilidad y flaqueza, nuestro yo egoísta y pecador para ser liberado, transformado.

Nuestras comunidades cuentan en el mundo relacional con la misma gama de pecados que toda comunión humana posible: individualismos, narcisismos, envidias, celos, búsqueda de poder, autorrealizaciones egolátricas, etc. De todo esto nos tenemos que liberar desde un encuentro liberador generador de comunión y misión. De aquí que, para cultivar una vida fraterna, se vuelva esencial en la VC, aprender a aceptar la herida de cada uno de los hermanos y desde allí realizar un camino de conversión, misericordioso y solidario.

Camino de fe, sabiendo que las diferencias, las falencias, no se han de superar por un mero espíritu prometeico sino, más bien, cuando cada uno esté dispuesto a conformarse con el Cristo crucificado y no se lamente como las lloronas del calvario sino que, como el Cireneo, aunque obligado por las circunstancias, se anime a cargar con la cruz del hermano/a.

Lo primero en la vida común es y será que la comunidad sea desde

cada uno ese lugar para la acogida misericordiosa que sana y salva. Por lo tanto, lugar de comprensión y abundante redención. ¡Qué gozo ver a los hermanos unidos! Lugar donde el conflicto y lo conflictivo de la vida misma no sean ni reprimidos y excluidos sino asumidos como “natural”.

Otro aspecto, más eclesial, en la aceptación del misterio del otro, es el de compartir los carismas de cada uno en bien de la comunión de un carisma y servicio común. Se trata de aceptar y, a su vez, potenciar el don de Dios que cada uno es y, por el cual ha “Profesado” en la Iglesia para el servicio del Reino de Dios, sabiendo que, ante todo, existe un don irrenunciable que todo consagrado/a debe cultivar, puesto que sin él habría que dudar, a mi modo de ver, de un llamado auténtico de Dios para la VC.

**Aceptar
y potenciar
el don de Dios
que cada uno es
para el servicio
del Reino,
sabido
que todos
hemos sido
convocados.**

Me estoy refiriendo al don mismo de la fraternidad/sororidad, esto es, la capacidad para ser hermano/a y vivir como hermano/

a (ser auténticos y verdaderos “frailles” y “sores”). Cuando un hombre o una mujer son capaces de vivir en comunidad –comuni3n en las diferencias, pero 3stas al servicio de aquella primera– como un camino de realizaci3n y anuncio misionero de la fuerza del Se1or de la Vida; cuando pueden realmente “Profesar” como hombres y mujeres verdaderamente fraternos, sororales; cuando son capaces de ser cre3bles y hacer cre3bles al Dios que se han consagrado, dando credibilidad a sus vidas desde su vida, justamente, fraterna y sororal, es cuando m3s se puede palpar la dimensi3n teologal de la VC.

He aqu3 un gran desaf3o para el discernimiento vocacional actual. Pues la VC no puede ser un rejunte de uranios, ni un seno materno que oculte amargos y reprimidos, ni a cobardes de la vida. No es por cierto, la VC, un mero cobijo psicol3gico; no se trata de hacer de la comunidad un nido caliente donde s3lo importe la felicidad ego3sta de unos pocos elegidos, segregados; tampoco es una fortaleza que abrigue con su manto de pseudo seguridad a los que “afuera” en el mundo no sabr3an “defenderse”, aplic3ndosele a la larga aquello que los sajones dicen del matrimonio, que es una bella fortaleza donde los que est3n fuera desean entrar y los que est3n dentro desean salir.

La VC, debe ser esa casa com3n, ese hogar y taller, para la comuni3n, y esto para que todos y cada uno, desde sus diferencias, se encuentren en lo que tienen en com3n y eso lo hagan v3nculo de

comunicaci3n, o sea, el mismo Dios Amor Tripersonal, que los ha llamado y los pone en relaci3n. Esta VC, modelo de casa y hogar, debe nacer del costado abierto de Jes3s; modelo de una comuni3n que nace y crece sacrificial, artirial, podr3amos decir. La comunidad no es as3 refugio, sino lanzamiento a la intemperie, es lugar para recibir la fuerza que viene de lo alto y recibir el env3o del Esp3ritu que siempre es comuni3n ag3pica. La VC ha de ser en esto maestra para toda la Iglesia.

Una Iglesia que a veces corre el riesgo de estar demasiado centrada sobre s3 misma, sus preocupaciones y defensas de los propios intereses institucionales olvid3ndose que ella no es un fin en s3 misma sino tan s3lo una mediaci3n peregrina, esencial pero no la m3s esencial, para la realizaci3n del Reino de Dios.

La comunidad es el lugar para recibir la fuerza que viene de lo alto y recibir el env3o del Esp3ritu que siempre es comuni3n.

La VC, desde su vida fraterna, como espacio teologal, abierto, sanante y liberador ha de ser como un faro prof3tico para

todas las comunidades creyentes. Hoy en d3a, me parece, que muchas veces este faro prof3tico se nos presenta m3s bien de parte de muchos laicos/as (qu3 casualidad, la VC en sus inicios es, de alg3n modo, laical, 3no?), o de algunas comunidades religiosas que junto a los laicos/as est3n redefiniendo su presencia en la Iglesia y su servicio al mundo. Por aqu3 creo habr3a una pista a seguir.

La VC, ha de retomar su vocaci3n originaria, y 3sta es primariamente laical; bautizados que como “reacci3n” ante una Iglesia que no permit3a ya en sus estructuras alcanzadas vivir el seguimiento de Jes3s con frescura evang3lica y compromiso hist3rico, buscaron crear caminos alternativos. Eran laicos/as que reaccionaron; bautizados del Esp3ritu haciendo las cosas nuevas; eso es lo que volvemos a necesitar. (¡Dios nos oiga!).

Teol3gicamente la VC no es un “ni” entre lo laical y lo sacerdotal, ni est3 como un estado superior para laicos/as y/o sacerdotes. La VC, deber3a ser ese lugar, esa concreci3n que m3s “recuerde” la auto-donaci3n del Dios Trinidad en la encarnaci3n, muerte y resurrecci3n de Jesucristo; en sus valores existenciales y en sus instituciones est3 llamada a proseguir el sue1o y la pasi3n autodonante del Dios de la Vida.

Se dir3 que eso es lo que tiene que hacer toda la Iglesia (cf. LG 8). Y es verdad. Pero, dentro de la Iglesia peregrina, la VC, ha de tener una misi3n especial, ser la

búsqueda de la “caridad perfecta” (PC 1) y ser modelo de vida común, según el ideario de la primitiva comunidad (PC 15a.; VC 45). Sin estos dos empeños no vale la pena ser VC. La VC es ese grupo de laicos/as o sacerdotes o laicos/as y sacerdotes según sean los modelos históricos que se estructuren, donde “subsiste” el ideal evangélico de la koinonía.

El ideal supremo de la comunión fraterna no se agota en la VC pero en ella se puede encontrar real y eficazmente, al punto de ser la memoria viva de ese acontecimiento salvífico para la Iglesia y desde ella para el mundo todo. La VC es la encargada de ser esa memoria subversiva que proclame que la fraternidad que el Hijo de Dios ha inaugurado no sólo es posible sino que es una tarea urgente para todos y que ella, en el todavía no, ya lo hace presente.

Así, la VC puede devenir esa carga, profética y sapiencial, que le recuerde a la Iglesia y a la humanidad su futuro escatológico y su modo de ir germinándolo ya desde el presente. Como se decía ya hace algunos años la VC está llamada, en la dinámica del evangelio, a ser comunidad – parábola. De aquí que el ser y el quehacer de la VC, una vez más, se identifican y uno da sentido al otro.

La VC es por esencia memoria profética de la koinonía y por ello su misión es comunal, esto es, desde los distintos matices congregacionales hace y realiza la comunión que genera la realización del Reino de Dios, reino de

fraternidad, de pan y mesa común, de dignidad compartida, celebrada y hecha camino de servicio.

Cuando miro a mi alrededor y percibo el aire que existe entre los/as consagrados/as y sus respectivos institutos y obras y veo los temas que los ocupan y preocupan, en qué andan sus discusiones, y me percibo como parte de este gremio a veces, me queda cierto sabor amargo, me envuelve cierta insatisfacción. No podría decir que la VC actual sea tan experta en comunión. No me será posible ofrecer los argumentos que funden esto que acabo de expresar, por una cuestión de tiempo y espacio. Tampoco quisiera caer en detalles de entre casa, ya por todos conocidos que nos quitan la belleza que deberíamos irradiar.

Quizás pueda ayudar algún aporte que podemos ofrecer mirando esta realidad sentida y padecida desde dos lugares. De un lado, desde la misma VC intentando percibir qué está ofreciendo ella como experta en comunión, y por otro lado, la visión que desde el magisterio papal se tiene sobre cómo debe notarse su ser experta en esta materia.

La intención es poner de manifiesto lo confuso y ambiguo de esta realidad al presente. Desde la VC misma, digamos que ella viene atravesando un momento bastante difícil, puesto que si por un lado, en general, los/as consagrados/as viven en común, no siempre todos encuentran la razón por la que viven en común o no todos tienen la misma visión

sobre la vida fraterna y/o la misma valoración del estar y vivir en comunidad.

**La Vida
Consagrada
está llamada
en la dinámica
del Evangelio,
a ser
comunidad –
parábola.**

De allí que, muchas veces, se realicen encuentros, se escriban circulares, se aprueben leyes que en apariencia reflejan un camino fraterno, pero luego, a la hora de las acciones, de lo cotidiano, en la puesta en práctica, la distancia entre dichas formulaciones y la vida concreta resulta abismal. Esta realidad hace que en muchos aparezcan sentimientos de frustración, pues entre el ideal de los planteos y formulaciones y la cruda realidad, el abismo que se instala supera la normal tensión y distancia entre ideal y praxis. Se prefiere creer que no ha pasado nada, que la fuerza y la esperanza depositada en el cambio a partir de Jesús ha quedado en meras proclamas y se retiran cabizbajos a sus “emaúses”... En parte, la razón de este fenómeno puede estar en que la realidad siempre, de algún modo, se presenta conflictiva –o al menos, con conflictos– y no siempre se tiene en cuenta este dato.

Al contrario, la tendencia más común es a rodearlo –todo lo contrario de una buena lógica de buen samaritano–, se le esquivo al bulto, como se dice, se pone entre paréntesis ciertas situaciones entre hermanos y/o grupos. Por tanto, “de eso no se habla”. Silencio. Tabú. Mejor pasarla bien y, a lo sumo, aguantar.

Lo malo de este modo de encarar la realidad es que nos deja siempre rengos, insatisfechos. Lo que se necesita es una espiritualidad que asuma el conflicto, como lo hizo el mismo Jesús y lo supere desde adentro haciéndose cargo del mismo, encargándose y cargando con todas las consecuencias. Se trata de una vida fraterna que asuma como parte integrante de todo crecimiento en relación los conflictos, con espíritu de tolerancia y mutua comprensión por amor. En este sentido, quizás, debiéramos aprender de muchos matrimonios, esos a los que vivimos alentando y aconsejando para que cultiven una fidelidad madura y perenne, que todo lo dialoguen, lo piensen, lo disciernan y lo decidan en común y, además, que sean generosos con la vida, fecundos en el testimonio cristiano ante la sociedad, etc. ¿Y nosotros?.

Nosotros, ante el primer conflicto, nos encerramos en las celdas, enmudecemos, pedimos traslados propios o ajenos, apenas si nos toleramos haciendo el máximo esfuerzo para evitar cualquier situación o tema que nos lleve a profundidades no deseadas que nos pueden hacer naufragar de nuestro crucero comunitario... Nosotros, ¿testigos y expertos en

comunión?... Tal vez, nos esté haciendo falta el diván del crucificado para sincerarnos y asumir esta triste realidad de pocos expertos en lo que se nos pide excelencia “Profesional”.

Otro aspecto, desde la misma VC, es que a veces ella continúa siendo, a pesar de la Eclesiología de comunión, algo así como “country eclesial”. Muchas veces la VC organiza su vida y misión allende la Iglesia y el mundo real y concretos, olvidándose, si no teóricamente, sí prácticamente, que ella es don en la Iglesia y que sólo se la entiende desde ella y para el mundo. Digamos que desde el punto de vista pastoral, son los/as consagrados/as los que llevan adelante la mayor tarea y, tantas veces, con mucha ofrenda y sacrificio.

Esto es cierto. Pero, también es verdad que no siempre la llevan tan “adelante”, no siempre se saca de allí la fuerza profética de un servicio transformador, pues se obra, de tapa agujeros o se está encerrado en capillismos congregacionales, debilitándose así el potencial evangelizador que sus elementos carismáticos podrían aportar a la Iglesia y al mundo. Daré sobre esto, tres ejemplos, de tres ámbitos donde la VC se ha explayado de forma manifiesta a lo largo de la historia: educación, salud y misiones.

Desde el ámbito de la educación y la salud, vista la realidad histórica surgen algunas cuestiones: a quiénes y para qué se educa, a quiénes se dirige la atención sanitaria; dónde están ubicados la

mayoría de los establecimientos educativos y sanitarios... El origen histórico de estos servicios era ofrecer educación y salud allí donde no existía y especialmente para los más pobres (cf. VC 63: “ocuparse de aquello que el mundo descuida”).

Hoy sólo se encuentran en este sentido excepciones, de tinte tradicional o aggiornado sin dejar de ser casos aislados. Expertos en comunión, expertos ¿desde qué campo de especialidad, cuál es el lugar desde donde se vuelven experimentados, cuál...?

Aquí, nos está faltando libertad, arrojo, profecía, sabiduría de Dios para lanzarnos kenóticamente hacia una realidad que clama por opciones decididas y valientes, aunque siempre humildes e incipientes.

No estamos llamados a ser “el Mesías”, pues se nos ha dado uno sólo, pero sí, estamos llamados a allanar el camino para que el Señor obre en la historia, para ser una señal autorizada que diga “piedra libre”, aquí hace falta redención, aquí se clama por una verdadera comunión.

Lo mismo desde el ámbito de la misión, y esto me toca de cerca pues mi congregación es de las “misioneras”. A muchas de estas congregaciones -especializadas en predicar misiones- les ha molestado, en cierto sentido, el despertar misionero que en estos últimos tiempos ha habido en toda la Iglesia, llamada a una Nueva Evangelización y/o reevangelización.

Se han sentido molestas porque, por un lado, todos se han dedicado a misionar sin llamar invariablemente y en todos los casos a los “expertos” de siempre en misión, o sea las congregaciones netamente misioneras. Por otro lado, los mismos misioneros experimentaron lo insuficiente de su acción misionera y la necesidad de aunar esfuerzos para una evangelización renovada y adecuada a los nuevos desafíos de la realidad.

**Pedir
la sabiduría
de Dios
para lanzarnos
hacia una realidad
que clama
por opciones
decididas y
valientes**

Algunos han sentido como excluyente y marginatorio, el hecho que se destacara que, en la primera evangelización, el rol protagónico lo han tenido las congregaciones religiosas, desde los monasterios hasta las netamente apostólicas, y que ahora, dicho rol, lo llevan ante todo los laicos/as y las Iglesias locales, si bien no excluyendo el aporte de las congregaciones, pero sí dándoles otro lugar, sobre todo cuando éstas no se han puesto al día en su mentalidad y metodología.

También aquí, la VC, ha sido desplazada en su carácter profético por no abrirse y animarse a cambios rotundos en su modo de vida y organización. Si bien, mucho se ha venido haciendo en este sentido, no ha habido aún cambios realmente significativos por lo que se siguen produciendo fricciones entre los mismos consagrados/as a la hora de entender la misión y entre los consagrados/as y los laicos/as a la hora de establecer una complementariedad carismática.

Aquí se abre, sin duda, un lugar donde debería verificarse realmente nuestro llamado a ser expertos en comunión, superando todo posible capillismo, toda lógica del rancho aparte, siendo “testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios” (VC 46).



Desde el magisterio papal y ciñéndonos a Vita Consecrata, resulta paradójico y sintomático el hecho que se nos reclame ser expertos en comunión (VC 46) según el proyecto de Dios (sic.) y a la hora de explicitar el pedido se lo encuadre dentro de una lectura reductiva del sentire cum Ecclesia que como veremos suena más a un sub Ecclesia.

Todo el discurso sobre nuestro ser, expertos en comunión, no es otra cosa que un llamado de atención, justificado en unas frases tomadas de modo parcial de algunos santos cuyo amor a la Iglesia es casi un amor papalista, que pasa a ser ejemplo para las personas consagradas que deben “resistir a las fuerzas centrífugas y disgregadoras, particularmente activas en nuestros días” (VC 46).

Si le sumamos lo que se dice a continuación veremos cuál es el objetivo de este halago por ser expertos en comunión, o más bien, en qué consiste en definitiva para el magisterio papal nuestro ser “expertos en comunión”.

Allí, se nos dice que “un aspecto distintivo de esta comunión eclesial es la adhesión de mente y corazón al magisterio de los Obispos”. Subrayamos lo de “distintivo” porque ello se nos pide por “ocupar un lugar especial en la Iglesia” y si nuestra “mente” y “corazón” no laten al ritmo del magisterio dejaríamos seguramente de ser un buen referente para el Pueblo de Dios y nuestra profecía dejaría de ser “una especial colaboración con la jerarquía” dentro del “amor filial” que “confiere fuerza e incisividad a nuestra acción apostólica”. ¿Cómo será esa “incisividad”?

La adhesión, por otra parte, al magisterio de la Iglesia es algo que toca a todos los creyentes, no se ve la necesidad de este elemento “distintivo” aplicado a la VC; pero bueno, no es nuestro

afán aquí polemizar, sino sólo subrayar alguna tendencia velada en el documento y, a veces, muy real en la práctica eclesial de nuestros días.

Me pregunto, si la VC no es quien tiene que alzar la voz para recordarle a todo el Pueblo de Dios, y al magisterio como parte del mismo, cómo ser Iglesia, esto es, seguidores y servidores fieles de Jesús, ayer, hoy y siempre y, en cambio, es el magisterio -y no toda la Iglesia- la que debe decir cómo deben ser las cosas; me digo, o una de dos, o la VC ha de desaparecer pues ya no tiene nada que ofrecer o ya es otra cosa muy distinta. Pues, si seguimos leyendo veremos que todos los números siguientes continúan en esta línea de control y regulación.

La VC, esa expresión carismática por excelencia, de pronto, se ve atrapada en una jaula dorada y en exposición, casi una obra de museo; expertos pero si se mantienen inactivos y sólo hacen lo que les pidan cuando otros determinen qué es lo que de ellos necesitan, casi que la VC, podría aplicarse aquél verso de José Martí, que sonaría más o menos así: “¡Pobre de mí!, presa en mi jaula, la gran batalla de los hombres miro...”. No obstante este espíritu regulador, se nos invita a “un constante diálogo” (VC 50), a modo de lo que ha sido el sínodo “para que aumente en todos la mentalidad y la espiritualidad de comunión”.

Este tipo de ambigüedad está presente más de una vez en la exhortación apostólica y, en este

sentido, no es más que el reflejo de la realidad eclesial hoy. Por un lado, se estimula a vivir la Eclesiología de comunión, a la participación de todos en el Pueblo de Dios a modo e imagen del misterio del Dios Trinidad, modelo de comunión y misión; pero, por otro lado, se levantan gestos, reclamos y espacios reivindicadores de orden, rigor y centralismo. Si hemos de ser expertos en comunión debemos, como ya se dijo, ahondar en primer lugar en nuestro misterio fontal, o sea, en nuestro ser confessio trinitatis y, desde allí, buscar manifestar de modo testimonial profético que nuestras obras y servicios, no son sino un canto libre de lo que Dios quiere para sus hijos e hijas.

**La Vida
Consagrada
ha de ser anuncio
y denuncia,
mensaje
y vida nueva,
para una Iglesia
nueva,
para una
humanidad nueva.**

La VC sólo puede ser profética “saliendo”, siendo “éxodo” y propuesta de éxodo constante, poniendo su tienda donde la ha puesto el Mesías en las afueras del centro que lo regulaba todo sin darse cuenta que todo se le escapaba.

Sólo desde aquí la VC, ha de ser anuncio y denuncia, mensaje y vida nueva para una Iglesia nueva, para una humanidad nueva.

Si ella queda atrapada por sus preocupaciones de ombligo o queda encerrada por centralismos eclesiásticos trasnochados, perderá toda su razón de ser.

Como bien nos lo recuerda la exhortación apostólica, lo que se debe evitar en la VC es “la pérdida de la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión” más que a una disminución numérica (VC 63). Ha llegado la hora de recuperar la belleza perdida, esa voz real y eficaz que gritaba a los cuatro vientos por dónde hacía falta construir la comunión.

Ha llegado la hora que la VC deje de lado discusiones “pupistas” y “papistas”, preocupaciones de ombligo congregacional y eclesial y se dedique de lleno a reconstituir su belleza original, dejando transparentar la voz de Dios, una voz siempre liberadora, siempre impulsando para “ir más allá”, para adentrarnos en espacios sagrados, para atravesar montañas, ríos y desiertos y buscar sin fatiga la tierra prometida.

Ha llegado la hora de que nos despojemos de compromisos farisaicos con todo poder, mundano y/o eclesiástico y seamos esa levadura molesta que viene a fermentar la masa; seamos ese grano de mostaza que da lugar a espacios donde todos pueden cobijarse y vivir el milagro de la unidad, seamos esa sal que viene a dar el sabor realmente justo y

necesario; seamos esa espada de doble filo en el entramado de la historia; seamos ese amor que apremia a dar la vida en rescate de muchos.

Ha llegado la hora de ser proseguidores de la comunión que nace del costado abierto de Jesús, de la acción del Espíritu en Pentecostés y del abrazo del Padre misericordioso.

Para finalizar esta parte, una confesión. Vivo mi VC con pasión y con dolor. Vivo agradecido al Señor cada día porque me ha rescatado, y lo ha hecho a través de la comunión fraterna de tantos hermanos y hermanas. No concibo mi vida de fe y mucho menos mi VC sin esta dimensión fraterna.

Soy consciente que ello puede condicionar afectivamente mis análisis, pero también soy consciente que es lo que Dios me suscita en el encuentro con él.

Vivo por ello con pasión y apasionado por este misterio, busco ser un hermano entre mis hermanos de comunidad y busco que mi servicio ministerial sea un servicio de vida fraterna en el corazón del Pueblo de Dios que se me ha encomendado. Todo ello, me alegra y, a su vez, me duele, me duelen mis traiciones y las traiciones de todos mis hermanos en la VC que deslucen nuestro signum fraternitatis; mucho más me duelen las “justificaciones” farisaicas que nos alejan de una VC signo y camino de comunión liberadora en el corazón de la Iglesia y del mundo. Me duele tanta fachada hipócrita institucionalizada en comunidades donde el amor fraterno, el respeto por el

discernimiento común, por lo diverso en función de la comunión, es una ausencia libre y consciente, un anhelo largamente esperado.

Vivimos tiempos difíciles - ¿cuáles no lo son?-, estamos metidos en medio de una compleja red de problemáticas que superan nuestra capacidad de análisis y mucho más nuestra capacidad de respuesta libre y diligente. Siempre nos queda la sensación de estar como a mitad de camino, llegando tarde o no llegando simplemente. En muchos hermanos/as, lo sé, lo he compartido y sentido, surge la desazón, la desilusión, y bajan los brazos. Es demasiada conciencia, demasiada densa realidad para tan pequeña humanidad. Es demasiado lo que se nos pide, “hacer visibles las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad” (VC 20) de cada uno/a de nosotros/as.

**“Hacer
visibles
las maravillas
que Dios
realiza
en la frágil
humanidad”**

Y sin embargo, eso que se nos pide es nuestra razón de ser. Esta realidad paradójica es la que apasiona y a la vez hace temblar. Es la realidad que nos hace confesar que

mendigos como ninguno, los consagrados/as necesitamos más del Tabor, del silencio y la adoración “en una tensión global que anticipa, en la medida posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica” (VC 16).

Otros/as hermanos/as se resignan a poner el vino nuevo en los odres de siempre, los que tienen más a mano, a veces emparchados. Aunque conscientes de la incompatibilidad, se mantienen y siguen adelante “como pueden” -¿cómo pueden?-. Otros/as, a través y más allá de nuestras flaquezas y peculiares incoherencias, buscamos incansablemente esos odres nuevos, con esas ganas de estrenar corazones de vida nueva, con esos deseos ardientes de engendrar con el alma una nueva vida de comunión.

Creo que para la tarea de recrear la VC, de refundar, de reestructurar o como se lo quiera denominar al proceso, se necesita no sólo un estudio asiduo de las propias fuentes históricas y carismáticas (VC 71) sino, una apertura teológica a la realidad del Dios de la Vida en la vida de Dios en medio de nuestro mundo, y de modo especial, una apertura al mundo donde Él, preferencialmente, ha decidido manifestarse: los pobres, los excluidos (estos en sus variadas formas existentes hoy).

Creo que ha llegado la hora de dejar retóricas y luchas pauperistas y dedicarnos con humildad y audacia a dejarnos evangelizar por

el Padre de los pobres, que sigue soplando invitándonos a una renovada entrega fiel y creativa.

Al decir esto, casi que me viene la tentación de borrar todo lo dicho hasta aquí y sólo ponerme de rodillas pidiendo perdón por tanta palabrería y por tanta poca vida entregada.

Pero, lo escrito, escrito está y creo, finalmente, que con ello podremos mirar el futuro con confianza a través de nuestra vida fraterna “reconociendo con admiración la sublime belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y testimoniando con alegría su amorosa condescendencia hacia cada ser humano” (VC 16).

A través de una vida que, desde la comunión y la participación, se anima a abandonar toda inercia apática y todo miedo desilusionante y se anima a ir más allá con la fuerza de un corazón que arde compartiendo cómo se reconoce al Señor cuando se parte el mismo pan y haciéndonos en el andar hermanos, desde la Palabra reveladora de una historia de esperanza esperanzada. Estén siempre preparados, sean siempre fieles a Cristo, a la Iglesia, a su Instituto y al hombre de nuestro tiempo.

De este modo Cristo los renovará día a día, para construir con su Espíritu comunidades fraternas, para lavar con Él los pies a los pobres, y para dar vuestra aportación insustituible a la transformación del mundo. Que este nuestro mundo confiado a la mano del hombre, y que está entrando

en el nuevo milenio, sea cada vez más humano y justo, signo y anticipación del mundo futuro, en el cual Él, el Señor humilde y glorificado, pobre y exaltado, será el gozo pleno y perdurable para nosotros y para nuestros hermanos y hermanas, junto con el Padre y el Espíritu Santo (VC 110).

La Vida Consagrada, como “Confessio Trinitatis” – teniendo en cuenta que “la VC es anuncio de lo que el Padre, por medio del Hijo en el Espíritu, realiza con su amor, su bondad y su belleza” (VC 20) , vale la pena detenernos a contemplar la realidad y actualidad de este anuncio que es la VC, para el mundo de hoy.

Por otro lado, como bien lo recuerda el mismo número de la exhortación papal:

Primer objetivo de la Vida Consagrada es el hacer visibles, las maravillas que Dios realiza en la frágil humanidad de las personas llamadas. Más que con palabras, testimonian estas maravillas con el lenguaje elocuente de una existencia transfigurada, capaz de sorprender al mundo. De este modo, la Vida Consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina (VC 20).

Desde aquí, creemos que es oportuno tomar conciencia de esta “huella concreta” que deja la Trinidad en la historia, que es nuestra VC. De algún modo, sería como palpar su realidad más honda en ese misterio epifánico de

la belleza de Dios dado en “la fragilidad de las personas consagradas”; palpar el tesoro en las vasijas de barro (2Co 4,7).

En el contexto de nuestro presente, sin duda la VC ha de estar abierta y sentirse interpelada por los distintos desafíos epocales. Pero aquí, nos detendremos en algo, tal vez, previo. Esto es, ver a la VC como un desafío en sí misma; o sea, ver cómo ha de fundarse y manifestarse la VC para conservar esa carga desafiante (profético-sapiencial) que ella debe aportar desde el corazón de la Iglesia en el corazón del mundo. Porque, a nuestro parecer, si la VC no retoma su clara conciencia de ser ella un desafío permanente para la Iglesia y para el mundo, desde su ser *confessio Trinitatis*, toda renovación, refundación y reestructuración, no pasará de ser un barniz superficial, un cambio de cara y nada más.

Sintéticamente, (suponiendo todo un desarrollo que aquí hemos suprimido por cuestión de espacio) podríamos decir que la VC es *Confessio Trinitatis*, para la alabanza de la trinidad (“profesan”), entre la Pascua y la Parusía (“siendo signos”), en la Iglesia y para la Iglesia (“eclesial”), guiados por el espíritu de Santidad (“de fidelidad”)

Los/as consagrados profesan siendo un signo eclesial de fidelidad” en el corazón del pueblo de bautizados y como parte significativa del mismo, pudiendo mantener “una excelencia objetiva” si, y sólo si, se mantiene en la comunión eclesial con una santi-

dad siempre renovada “haciendo visible” en el aquí y ahora, el “modo de vivir de Cristo” en toda su radicalidad evangélica.

La VC, tiene que enfrentar el desafío de hacer visible esta cercanía de Dios ofreciendo un camino real para todos los hombres y mujeres que buscan, de un modo u otro, a Dios. La VC, viene a ser ese fragmento de Reino que nos comunica con el todo, con la plenitud del mismo Reino. Esta misión de la VC, reclama de ella dos actitudes básicas: honda intimidad y creativa fidelidad.

Intimidad: la VC, ha de ser ese lugar donde sólo Dios basta y donde basta sólo Dios para la realización de las personas, para que estas encuentren en lo profundo de su ser el don mayor de Dios que es Amor-Comunión-Ágape-Misericordia.

De allí que, la intimidad nunca pueda perderse en intimismos, pues es siempre comunicativa y expansiva; desde lo hondo emerge como una fuerza que irradia vida y que contagia vida. Se trata de buscar a Dios en lo concreto de nuestro fondo más personal y más comunional. Dicha intimidad con Dios, en nosotros y en los hermanos, nos hace verdaderos hombres y mujeres de Dios. Nos hace darnos desde el descubrimiento del Dios que se da en nosotros y entre nosotros. Si bien, siempre lo invisible es más que lo visible en el misterio de Dios, nuestra VC, está llamada a ser cono de ese misterio que, a su vez, la sostiene y la trasciende justo allí

donde muchas veces se la descubre frágil y vulnerable, simplemente humana.

Los consagrados/as embarcados en la historia, hundiendo bien adentro el arado de sus vidas en los surcos de esa misma historia, pero atados, religados a la más alta de las estrellas ofrecen al mundo un humilde y audaz testimonio de intimidad con el Dios que a todos ama infinitamente.

Sólo una honda intimidad con el Señor de la vida y de la historia nos hace capaces de captar el susurro de Dios en los vericuetos humanos. Sólo la intimidad elimina ruidos, purifica interferencias, hace percibir que no estamos abandonados ni huérfanos porque Dios-amor-comunión-ágape-misericordia está con-nosotros.

La VC, desde esta actitud de honda intimidad-comunional, a imagen y semejanza del misterio Trinitario, descubre a Dios en el Dios-hecho-hombre. Podríamos decir que Dios se “sabe” Dios sólo comunicándose, dándose y nosotros sabemos de él y de nosotros en él, sólo en el acto mismo de darnos. La VC, es la que de modo particularísimo debe emerger desde su experiencia de intimidad mostrando cuanto está Dios presente en el mundo, cuánto se vuelve Jesucristo contemporáneo en cada tiempo y lugar en el entramado de la vida ofreciéndose, una y otra vez, como el siervo sufriente que quita el pecado del mundo.

En definitiva, la VC ha de tratar, como decíamos más arriba, de

hacer visible al invisible, al que nos ve desde siempre, al que es luz y vida, al amor inefable, al logos inenarrable; pero, que se hace sentencia, anuncio, presencia, cuando pronuncia nuestros nombres, cuando se hace anuncio y presencia en el misterio de la vida de cada hombre y mujer consagrados.

Fidelidad: esta segunda actitud que se le pide a la VC ha de ser de un tono particular, o sea, no se trata de una fidelidad amarrada al pasado o destinada a repetir siempre lo mismo de generación en generación, sino que ha de ser una fidelidad creativa, creadora de lo nuevo de Dios.

Eso nuevo que la historia siempre necesita para refundarse y retomar, una y otra vez, el sendero de su propio destino. Se trata de dar lugar a una actitud que le permita a la VC ser un signo creíble, confiable, en el hoy y para el hoy de nuestro mundo

**Ser signos creíbles,
donde la fe
se recrea
como don
de Dios
en beneficio de sus
hijos.**

Allí donde la VC se concrete, se realice, no puede ser a riesgo de traicionar su origen, no puede renunciar a ser un lugar de novedad, un lugar donde la fe se recrea como don de Dios en beneficio de sus hijos.

La misión, la razón de ser, de la VC es ser confessio Trinitatis. Pues bien, dicha misión es la que dicta la forma histórica que la VC ha de asumir en sus miembros e instituciones. Ahora bien, la VC, se ha de preguntar: ¿cómo confesar, cómo alabar a Dios, en tierra extraña? ¿Cómo ser alabanza de un Dios-comunión en medio de tanto destierro insolidario, donde muchas veces nos encontramos sumergidos? ¿Cómo seguir siendo fieles al Dios de la vida en medio de la vida amenazada? ¿Cómo seguir apostando a una Profesión perpetua de vida en medio de un mundo tan cambiante? La VC, en este sentido, está llamada a recrear su ser *signum fraternitatis et servitium caritatis*.

La VC, sólo será capaz de hacer visible el misterio de Dios-Trinidad si es capaz de generar una fraternidad solidaria en sus miembros, obras e instituciones. Pues el *servitium caritatis* se transforma en la historia en criterio de verificabilidad del *signum fraternitatis*.

La VC, en cuanto se dedica a hacer visible las maravillas de Dios conservando viva la memoria de lo que ese Dios ha hecho, hace y hará en la historia de cada uno de sus hijos y del pueblo todo, se vuelve toda ella una confesión abierta, un credo viviente, una alabanza, un

cántico solemne. Ella, canto y alabanza; Ella, Profesión de una confessio Trinitatis se realiza inserta e inculturada, mediante una fidelidad creativa.

Finalmente, la VC, en tanto y en cuanto, confessio Trinitatis, desde una mayor intimidad con el Señor de la vida y de la historia y con una mayor y mejor fidelidad creativa, ha de estructurarse sobre:

- Una amorosa correspondencia (obediencia): al Amor del Padre, vivenciándolo desde una actitud de fe como verdadera confessio Dei, como único camino de verdadera libertad donde siendo por él, con él y en él se ofrece al mundo un testimonio rico de despojo de toda servidumbre (cf. Gál 5). La obediencia, vista así como correspondencia amorosa a la vocación-misión que Dios tiene para cada uno de nosotros, nos permitirá vivir con Jesús el éxtasis de su autodonación al Padre para el rescate de sus hermanos.

- Una entrega total de sí (pobreza): en el camino de la vida alimentado por la esperanza, por una confianza plena en la providencia. Los consagrados saben, como los pobres, que “Dios proveerá”, que Dios no hace faltar nada de lo que la persona amada necesita. Como consagrado/ a nada me puedo reservar para mí, para que lo que tenga no lo posea ni me posea (cf. Mc 10,21s.).

- Un amor infinito (castidad): una entrega en fe a Dios sólo se verifica en el amor (cf. Gl 5,5), un amor que no puede ser dividido, así “en Dios” amamos, en la exclusividad a él incluimos a todos como él los

incluye, desde el don y, no desde la posesión. Este amor infinito es un amor agápico, como el de Jesús en la cruz. Es un amor vincular, como el de Jesucristo Resucitado.

Terminando esta parte, digamos que la VC tiene como decía Juan Pablo II “una gran historia que construir” (VC 110).

Para ello hemos de darle todo al Señor en quién hemos confiado (VC 109) manifestando el gozo que proviene de estar con el Señor (ib.). Más aún, cada uno/a ha de ser un punto de encuentro con el amor justo y misericordioso de Dios, cada uno/a y todos/as en comunión, estamos llamados/as a hacer efectivo el abrazo misericordioso del Tata Dios.

La historia que hemos de construir es una historia de salvación, una historia donde se pueda celebrar en una mesa común que todo ha sido creado para nuestro bien y que somos bienaventurados de poder ser lo que somos -por pura gracia-, templos de un Dios viviente que ha venido para que todos tengan vida y vida en abundancia (cf. Jn 10,10).

La Vida Consagrada, como “*Servitium Caritatis*” – Ante todo recordemos lo que decíamos renglones más arriba, esto es, que la VC está llamada a recrear su ser *signum fraternitatis et servitium caritatis*, desde la hondura de ser confessio trinitatis.

Pero a su vez, decíamos que, la VC, sólo será capaz de hacer visible el misterio de Dios-Trinidad si es capaz de generar una fraternidad solidaria en sus miembros, obras e

instituciones. Pues el *servitium caritatis* se transforma en la historia en criterio de verificabilidad del *signum fraternitatis*.

La Vida Consagrada a la hora de “hacer visible” la “epifanía del amor de Dios en el mundo” lo debe hacer no como una tarea ajena a su ser sino como expresión fundamental de lo que es, o sea, un icono de un amor sin rodeos, de un amor que se hace cargo, carga y se encarga de los retos de la humanidad al amor mismo de Dios manifestado en la historia.

De allí que la VC se defina en y desde su misión como enviada desde la hondura de una mística que ha sabido “elegir la mejor parte” a la hondura de una opción de vida solidaria, adoptando un caminar profético frente a aquellos que viniendo de la misma fuente del culto siguen de largo ante los desafíos que la vida plantea a ese amor que dicen haber celebrado y que sus identidades dicen van encarnando (cf. sacerdote y levita de Lc 10, 39-37). Si el signo es la fraternidad, este ha de expresarse como servicio de amor pobre y fiel en los más abandonados preferencialmente los pobres.

La VC ha de vivir su misión en tensión comunal con “el posadero” y la “posada”, podríamos decir con las otras instancias eclesiales a las cuales ella misma invita a sumarse a esta cadena de solidaridad; ella misma ayuda a toda la Iglesia a centrarse en este gesto distintivo que hace que todos los cristianos se “bien aventuren” por la solidaridad en el amor. Esta misión es reflejo de un “amor hasta el fin”, hasta el

extremo (Jn 13,1-20). La VC prosigue en este sentido, de modo altamente comprometido, a la figura de Cristo, sirviente de los sirvientes, encarnando el modelo de entrega humilde y de solidaridad propia de los discípulos de un Maestro tal.

**La fraternidad
ha de
expresarse
como servicio
de amor pobre
y fiel
en los más
abandonados,
preferencial-
mente
los pobres.**

Es así que la VC “hace visible” la presencia amorosa y salvadora de Cristo, el consagrado y enviado del Padre. De aquí se entiende que la VC ha nacido para estar siempre en la frontera de toda misión evangelizadora: en la misión llamada ad gentes; en la misión inculturada inculturándose ella misma en y desde las distintas realidades donde el evangelio está llamado a cobrar nuevas raíces suscitando el milagro de la interculturalidad; en los diálogos ecuménicos e interreligiosos. Todo ello, sin duda

alguna, “exige de los consagrados y consagradas una plena conciencia del sentido teológico de los retos de nuestro tiempo”.

Dicho sentido se logra no sólo, como circundata varietate el reino en la historia, haciendo que este nuestro andar histórico sea en verdad un camino de plenitud de vida y esperanza.

Ya hemos dicho tantas veces, de puertas hacia dentro sino en apertura comunal y dialógica con todos los sectores e identidades eclesiales así como con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Desde esta dimensión de la VC hoy más que nunca se entiende y justifica una misión compartida. La verificabilidad de la autenticidad de la VC pasa por poner en obras el carisma mismo que la suscita como servicio liberador en la historia.

El desafío se plantea entre congregaciones de carisma muy cercano y complementarios, entre congregaciones y laicos/as y entre todos y muchas organizaciones no gubernamentales o simplemente con asociaciones y/o fundaciones laicas dispuestas a trabajar en comunión de servicio aun cuando en el plano de las ideas inspiradoras donde haya mucha distancia.

La VC en este sentido puede dar a luz desde su inspiración profético-sapiencial un nuevo modo de trabajo común que dentro de una verdadera realice.

La VC y sus votos desde una espiritualidad encarnada

El caminar profético de la VC por la historia de este mundo, buscando “hacer visible” la salvación en la historia a partir de sus gestos encarnados y liberadores, se ha de enfrentar a grandes retos. Retos que ante todo desafían a la misma VC para ahondar su propia identidad, haciendo de ella misma y en sí misma un signo profético de vida nueva fraterna y solidaria frente a una realidad tantas veces individualista y egoísta, en definitiva como un signo contrario al espíritu de discordia y división que está dominando el pensamiento de estos últimos tramos de nuestra historia.

En este sentido es bueno siempre hacer memoria de tantos hombres y mujeres que a lo largo de nuestra historia han sido capaces de testimoniar la novedad del evangelio incluso con el martirio de sus vidas, tanto en odium justitiae como en odium fidei, recuperación que se vuelve urgente y sintomática en el siglo pasado, un siglo que ha dejado tras de sí una estela de mártires.

La VC necesita nutrirse de una espiritualidad auténtica que, habiendo dejado todo por Cristo, aspira a una santidad, valga decirlo, cristiana, esto es profundamente encarnada, kenótica, pobre, liberadora y por ello en verdad creíble. Al respecto la VC ha de afrontar con nuevos ímpetus sus relaciones con aquellos elementos que resultan fundamentales para una espiritualidad cristiana: la palabra de Dios, la meditación, la liturgia, sobre todo la Eucaristía y la religiosidad popular, con sus valores marianos y

devocionales (aunque necesiten a veces de ciertas “purificaciones”).

La VC además, ha de nutrirse de una espiritualidad que cobra forma desde los mismos retos que la reclaman. Es digamos, desde los mismos areópagos de la misión de donde una espiritualidad encarnada y liberadora se encamina, cobra forma real, pues es desde ellos, que el espíritu cristiano saca de sí sus mejores impulsos vivificadores.

Tradicionalmente la VC ha enfren-tado los retos de la sociedad desde lugares muy significativos como por ejemplo: los campos de la educación, la cultura y los medios de comunicación, pero estos hoy necesitan nuevas respuestas y no sólo técnico funcionales sino de orientación y es allí donde la VC podría y debería aportar lo suyo propio.

La VC como lugar teologal, donde la sed de Dios se pone de manifiesto con una respuesta directa de entrega fiel al absoluto de Dios en la absolutez de su causa, está capacitada sin duda alguna para ser un espacio preferencial para acompañar y suscitar el diálogo ecuménico e inter-religioso buscando con otros hombres y mujeres a Dios desde otras religiones que comparten la búsqueda y el esfuerzo para realizar el reino de Dios en el mundo.

Ubicándonos en esta dinámica de vernos desde el camino y hacia donde el amor nos lleve, no podemos dejar de vernos desde nuestro centro configurador que no es otro que nuestra Profesión, nuestra

entrega prefigurada en esos votos que hacemos para responder en fe a lo que Dios nos invita a realizar de su mano en esta historia. Nuestro acto supremo de consagración es consagrarnos al servicio del amor de Dios operante en esta historia.

Ahora bien, dentro del conjunto de los votos tradicionales la “matriz” es la “obediencia” pues es la que permite la “relación” con Dios por medio de la “castidad” y la “pobreza”, por lo mismo serán éstos los medios que permiten la “relación” con el “prójimo”.

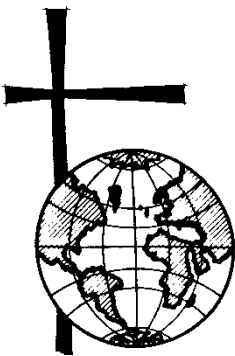
**Nuestro
acto supremo
de consagración,
es consagrarnos al
servicio
del amor
de Dios
operante
en esta historia**

Así pues, son como dos medios, dos maneras, de “obedecer”, esto es, de dar cause a una respuesta, libre y madura, de fe a la llamada de Dios para realizar su proyecto.

De allí que sean medios para “cultivar y cuidar” la vida de Dios desde la entrega “obediente” al Dios de la Vida.

Así las cosas, ni el centro es la castidad, ni el futuro depende de la refundación del voto de pobreza. Sino que todo depende de volver a reubicar el conjunto desde el plano obediencial.

Antes de pasar a hablar de cada voto en particular señalemos los elementos de espiritualidad que los han de sustentar y acompañar para que estos no sean un mero elemento más sino un componente que emerge como parte del entramado espiritual de la vida misma de los consagrados/as.



Una espiritualidad encarnada se trata de una espiritualidad que parte de ver la realidad y de dejarse conmover por ella, y así no sólo pretende asistir, encargarse y cargar con la realidad más desafiante sino hacerse cargo de un camino de sanación que ayude a colocar a los pobres ya no sólo como víctimas u objetos de nuestro servicio sino que cree que puede revertir esa situación permitiendo su emerger como sujetos desde y en el ejercicio del amor solidario.

Dado que si escuchamos sus gemidos convencidos de que son gemidos del Espíritu, el gemido ha de ser un inicio del camino espiritual con y desde los pobres y

de quien quiera con ellos seguir haciendo camino.

Una espiritualidad encarnada sabe que hay un mal que debe denunciarse proféticamente pero sabe también que hay una esperanza que debe anunciarse utópicamente y, por sobre todo, sabe con convencimiento creyente que aunque se esté en tierra extraña se puede ya ir liberando de las ataduras y dejando que sea la fuerza del Espíritu, del amor mismo de Dios, el que nos impulse a realizar el camino de esta historia.

Dicha espiritualidad sabe que debajo de toda necesidad palpita un anhelo profundo de vida nueva, que detrás del anhelo palpita un sentimiento profundo de generosidad y de respeto por la vida amenazada y abajo de dicho sentimiento palpita el yo profundo de cada persona reclamando dignidad y libertad y con él se deja sentir el palpitar del Espíritu mismo de Dios que es la realidad más profunda y real que emerge sostenido e impulsando nuestra existencia.

Una espiritualidad encarnada es ante todo una espiritualidad inclusiva, en la que se puedan encontrar los marginados y los excluidos. A ellos normalmente no les resulta tan sencillo darle espacio a su mundo interior, más aún suelen sentir pánico de su interioridad. Suelen perderse en la búsqueda de más vida en cierto estereotipo externo y por momentos superficial.

Pero sus gritos, que sí emergen de su interior, resultan ser sintomáticamente los gemidos de la

población mundial que padece una crisis epocal. Si nuestra espiritualidad no puede ser en verdad popular y desde una vivencia cercana a lo cotidiano encaminarse por senderos de vida compartida, celebrada y peleada entre todos, difícilmente resulte una espiritualidad liberadora y por lo mismo cristiana. Cuando sepamos realizar una plataforma en la cual pobres y no pobres orientemos la vida y la acción inspiradas por la primacía del reinado de Dios, reinado de amor y justicia, recién allí podremos dar cabida a una espiritualidad para todos.

Una espiritualidad encarnada requiere finalmente, no dejar de cultivar nuestro encuentro con Dios a través de nuestro mundo de relaciones con la realidad, especialmente con lo que ella tiene de más sufriente y abandonada.

Nos relacionamos con el Dios-Amor desde el amor de Dios que nos reclama cercanía amorosa desde el no-amor o la carencia del mismo, es la lección de toda la vida de Jesús que podríamos tipificar en la conocida interpelación mateana que si nos preguntamos ¿cuándo mantuvimos una relación con Dios?, desde ella se nos responderá:

“En verdad les digo: en la medida en que lo hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25,40).

Si se quiere, cuando descubramos aquello que a Jesús le resultaba tan “normal” que no hay culto que no lleve a la justicia y justicia que no implique un culto cargado de amor justo y solidario,

según él no puede hacerse una cosa descuidando la otra (cf. Mt 23,23-26).

Pero la principalidad no ha sido puesta en el culto sino en la justicia; dicho de otra manera, no voy del sagrario a la realidad sino de la realidad al sagrario. Ambos cuentan y no podría darse uno sin el otro pero la principalidad la tiene el Dios que se manifiesta y está realmente presente en el entramado de la realidad, especialmente en sus rostros más sufrientes y anhelantes de vida y vida en abundancia.

La castidad

La castidad nos coloca abiertos a la fecundidad de la esperanza y nos permite expresar en y desde ella el “Amor infinito” del amor del Hijo al Padre en la unidad del Espíritu Santo. Llevamos este tesoro en vasijas de barro pero lo llevamos como un don para donarnos y no como una propiedad privada para una perfección personal privada. La verdadera castidad- virginidad es aquella que surge como expresión de una mística simple pero honda, cultivada en la interioridad de los/as consagrados/as, esa que ayuda a no ser un mero célibe técnico o un observante rígido y escrupuloso, sino una persona libre que desde su experiencia de amor liberado expande libertad y amor, y no como un insaciable Don Juan o una Juana alocada, sino como alguien que se ha dejado seducir por un amor mayor y ya no se contiene en su desborde y no hace más que contagiario todo. Se ha de caminar como en todo andar

cristiano siempre con una ascesis libremente impuesta.

Llevamos este tesoro en vasijas de barro pero lo llevamos como un don para donarnos.

Cada uno debe madurar sus dones consciente de sus límites y debilidades y desde allí a la luz de la Palabra y bajo la acción del Espíritu dejarse llevar por la pedagogía del amor. La vivencia de la castidad- virginidad me abre a crisis siempre inéditas, no es posible avanzar sin ellas si se quiere andar en libertad. Los afectos despiertan defectos y encienden pasiones, sólo andar en verdad nos libra de caer en ilusiones que tarde o temprano nos harán perder el rumbo de la límpida fecundidad.

Realizar un camino de madurez desde la entrega casta supone un modo de atravesar las crisis, supone un valor particular para atravesarlas; la persona sabe que en ellas (y no sin ellas) puede reconstruir su vida santidad- virginal nos permite ofrendarnos a través de nuestro propio cuerpo en

comuni3n con el cuerpo pascual de nuestro Se3or.

Desde nuestra sexualidad consagrada ahondamos en la capacidad de acogida valorando a los dem3s en los otros de por s3 incondicionalmente comprometidos con cada una de sus vidas. Ella nos permite establecer relaciones de reciprocidad a un ritmo profundamente pascual, damos la vida dando vida. Nos experimentamos como el 3rbol de la cruz donde Cristo cual “Eros crucificado” est3 plagado de frutos fecundos amasados entre dolor, aflicci3n y tiene confianza; donde Cristo cual “3gape crucificado” est3 disponi3ndose a la apertura donante mayor, dejando que le gane el perd3n y la atracci3n de todos hacia s3 para envolvernos en su amor, alimento y bebida, que calma y lleva de un salto a la vida eterna. Nuestra vida casta y virginal nos invita a un modo de vida jugado en diligente responsabilidad ante el amor ofrecido pascualmente.

Se trata sin m3s de sintonizar con el coraz3n de la Pascua, con la verdad y la libertad que en ella son valor adquirido al precio de la propia sangre, del propio desgarrar, como esa realidad que serena y provoca, que educa y conforma; que se enclava en lo alto, se expande en mesa convival y se enra3za en el servicio claro de la solidaridad.

La castidad- virginal se relaciona m3s que nada con la “pureza b3blico. Hace entonces referencia a un modo particular de amar y de entender la vida. Un coraz3n puro

no es más que un puro corazón movido por sólo el amor y un amor en cierto modo exclusivo, esto es, constantemente, puede avanzar con mayor convicción, puede determinar mejor sus elecciones de vida, puede perfilar mejor el rumbo de su camino de entrega sin tener necesariamente que quedar atrapada en los vuelcos del instinto en cada momento y situación.

“Sólo Dios basta” para quien ha decidido que sólo baste Dios para darle sentido al misterio de su vida. El Dios-familia, Dios-Trinidad, nos ofrece su compañía fiel y permanente como sostén y aliento, él mismo hace que nuestra entrega casta no sea una soledad poblada de aullidos sino de vida en comunión liberada de toda necesidad de posesión. Un amor que lo impregna todo, que marca sus ritmos y palpitaciones, sus alegrías y sus tristezas. No es puro ante todo por abstinencias sino por exceso unificante, concentrado en el “sólo Dios basta, quien a Él vidas sin contaminaciones de afectos espurios, sin dobleces, veraces y libres, transparentes y hermosamente relacionados en un entramado de vínculos humanizante.

La obediencia

Hemos dicho al comienzo que Jesús vive la obediencia reflejando el absoluto de Dios, vivido desde la esponsalidad con la humanidad (cf. Jn 2,1-11; Ef 5,21ss.).

Él ha venido a desposar a la humanidad, a salvarla desde esta relación nueva, esponsal. Y ésta ha sido la voluntad del Padre; sólo en la obediencia a dicho proyecto se

ha de entender este modo epifánico de revelación en Jesús. Por ello ya señalábamos que la obediencia es y será “el voto” cristiano por excelencia. Desde él se pueden añadir otros cualesquiera, pero siempre y cuando se mantenga la referencia hacia este núcleo obediencial fundante, esto es, una escucha radical de la voz que surge desde una existencia de relaciones en y desde el amor sin límites (SAO

Es el corazón del misterio trinitario, desde el cual y para el cual hemos sido creados y redimidos; sólo en y desde él nuestro peregrinar cobra sentido. Y el amor aparece en este contexto como constitutivo y constituyente, porque es amor de relación y crecimiento por la relación en el amor; y hace que nuestro Dios sea personal y nosotros personas, libres y liberadas para amar sin límites, hasta el punto de estar invitados a amar a nuestros enemigos. La obediencia más que en relación sólo a la fe lo está al amor en cuanto lo que se profesa es el amor (SAO 4). De allí que el voto esencial cristiano es profesar el amor, vivir el amor, existir en y por el amor, donarse, darse como don de amor, de relación en el amor.

Obedecer es adherirse plenamente al proyecto de amor de Dios donde la fe es un presupuesto, más aún, es cuerpo envolvente de la realidad primaria que es el amor, dado que creemos en un Dios “que es amor”. Desde esta vivencia fundamental y fundante del amor obediencial es

que se han de cultivar nuevas formas de ejercicio de la autoridad en un contexto fundamental de fraternidad (SAO 12; 18).

Relaciones de reciprocidad en y desde el amor fraterno, como signo liberador donde hombres y mujeres se saben conducidos por la escucha mutua de la voluntad de Dios.

Por lo que se han de abandonar todos los resabios de verticalismo autoritario y las relaciones subyugantes en aras de modelos de mayor obediencia ejercida en relaciones de reciprocidad en y desde el amor fraterno, como un signo en verdad liberador donde hombres y mujeres se saben conducidos por la escucha mutua de la voluntad de Dios y no por el sometimiento servil.

Es así que los servicios de autoridad no desaparecen pero se reconfiguran como en el caso de Jesús que tiene autoridad no porque manda más o está por encima de los demás sino porque su amor obediencial lo lleva a ponerse constantemente al servicio de los demás haciendo que su amor a Dios y al prójimo regulen sus acciones y le den la autoridad moral suficiente para que su palabra y obrar consecuente tengan el poder de suscitar a su vez obediencia y seguimiento (SAO 1; 12; 21).

Es claro que un camino obediencial que sustente relaciones fraternas debe considerar un proceso de maduración en el ejercicio responsable de la libertad (SAO 5).

Es preciso señalar que la obediencia no ha de ser considerada ante todo como una virtud moral ligada a la virtud cardinal de la justicia, como fue desarrollada por la escolástica. Como hemos señalado renglones arriba, la obediencia cristiana tiene un sentido profundamente teológico, como expresión dinámica y objetivación del amor.

La obediencia consagrada no ha de ser tampoco vista ante todo como un simple 'consejo', sino que por sobre todo es un verdadero carisma, esto es, un especial don de gracia, concedido por el Espíritu Santo a determinadas personas para revivir esta dimensión de la vida y del misterio de Jesús.

De allí que la obediencia en la VC deba tener el mismo contenido y las mismas motivaciones que en el misterio de Cristo (SAO 8), según

ya señalamos en su carácter esponsal. Así mismo no puede reducirse este voto al mero cumplimiento de mandados u órdenes de los/as superiores/as, aun cuando los hagan para que se cumpla el derecho universal o particular, del propio Instituto. Por este voto los/as consagrados/as se comprometen a tener como único criterio y como único programa de vida realizar la voluntad de Dios, porque ese ha sido el modo histórico de vivir de Cristo, que no tuvo otro 'programa' que cumplir y realizar, por amor, la voluntad del Padre.

Estar siempre a la "escucha" de la voluntad del Dios de la Vida que se revela en la historia personal y comunitaria.

Este ha de ser la mística que acompañe a todo régimen de ejercicio de autoridad, a todas las mediaciones que sean necesarias para que en la VC pueda vivir, desde lo simple y cotidiano hasta el servicio mayor en la Iglesia y en el mundo, su camino obediencial en comunión fraterna y misionera (SAO 9; 12; 20).

Para discernir la voluntad de Dios en la VC necesitamos de dos mediaciones básicas, la persona misma en el ejercicio pleno de su madurez y libertad y el ejercicio de la comunidad con sus legítimas autoridades (SAO 27). Sólo en la confluencia de estas escuchas, que promuevan un diálogo sincero y abierto, se pueden tener las suficientes garantías de estar siguiendo la voluntad de Dios (SAO 20e).

Las mediaciones humanas, aunque sean siempre frágiles e imperfectas, con llevan el signo de autenticidad, o sea, el que la Iglesia con su autoridad otorga al aprobar las distintas formas de VC, como caminos posibles y confiables para la santificación personal y universal en orden a "trabajar, según las posibilidades y la forma de la propia vocación, en implantar y consolidar el Reino de Dios en la almas, en extenderlo por todo el mundo por medio de la oración o por la actividad apostólica" (LG 44), trabajando así "para la edificación del Cuerpo de Cristo según el designio de Dios" (PC 14).

Si en la VC, se puede concebir y practicar así la obediencia, no habrá problema en que el camino de la entrega obediencial le permita gozar de la verdadera felicidad, esa que brota de la certeza de haber seguido la voluntad de Dios, a través de la vivencia de intenso amor hacia Cristo y hacia la Iglesia en la entrega fiel y fraterna, con todos los dolores y sinsabores que ello puede y de hecho ha producido en la historia de la VC y de la misma Iglesia.

La verdadera actitud obediencial es la que nos permitirá estar siempre a la “escucha” de la “parte mejor” que el Dios de la Vida está revelándonos en el entramado de la historia personal y comunitaria. Es la que nos permitirá tener la humildad y el coraje necesarios para presentar nuestro testimonio creyente no como el resultado de elaboraciones arbitrarias a través de acciones francotiradoras sino como fruto de una vida en verdad comunional. Es la que en definitiva nos conduce por el arduo camino del compromiso sapiencial y profético que busca ante todo realizar el reino de Dios en su verdad y justicia por sobre todas las cosas pero en y a partir de todas las simples cosas que componen nuestra historia peregrina, encaminándola a su destino final.

La obediencia en y desde la fraternidad se nos presenta como el núcleo orientador de nuestro caminar pobre y casto; se nos presenta como el bien aventurarnos por la senda más evangélica posible. Por ello es necesario asumir esta realidad no como una mera idea sino como una gran energía, como esa dynamis del Espíritu que conduce nuestras vidas, por lo tanto no como un discurso que hay que repetir sino como una vida que hay que desarrollar según la voz del amado.

Como algo que va al corazón de la realidad, propia e institucional. Jesús sigue siendo el criterio fundamental de este movimiento. Él cumplió la voluntad del Padre dando testimonio en su carne del

amor divino y convocando al banquete del amor. Nuestro caminar obediencial nos ha de permitir reunirnos “agápicamente” para realizar cuanta obra sea necesaria desde este espíritu comunional y para que dicho espíritu no sólo se mantenga sino que impregne todo lo que llevemos a cabo. Así en la VC cada uno/a en, desde y para la comunión, obedece al Señor desde el carisma al que es llamado.

La obediencia en y desde la fraternidad es el núcleo orientador de nuestro caminar pobre y casto.

A quien le toca animar, desde el carisma de la autoridad, buscará siempre el mejor modo de vivir según la vocación comunional, llevando a cabo las obras típicas del instituto. Así se verá cómo las opciones maduras en comunidad bajo su guía no son de suyo infalibles, sino que serán el resultado de una búsqueda, inspirada en los valores evangélicos y carismáticos.

A la autoridad le toca en este contexto alimentar el ardor de la caridad, favoreciendo el realismo evangélico que promueve la flexibilidad en la gestión y organización de los propios recursos y de los demás en el interior del proyecto vocacional en comunión.

Así pues sólo allí “re-conocemos” realmente lo que de Dios viene (cf. Mt 7,15-20; Lc 6,43-44). pues, el ejercicio de la autoridad ha de situarse en medio (y no sobre), distribuyendo en diálogo las tareas que ha de llevarse a cabo.

Las opciones hechas y las adopciones operativas que se asuman no serán otra cosa que caminos por los cuales se pueda dar testimonio del amor de Dios en el servicio al prójimo. Es bueno recordar que dichos caminos, jamás se identifican, materialmente, con la voluntad de Dios. Ellos son simplemente el contexto concreto en el que ésta se lleva a cabo, se pone de manifiesto y sobre todo a la hora de ver qué frutos producen.

La pobreza

Tengamos presente dos “íconos” dentro de un solo “díptico”: “Jesús” y los “pobres”; siempre en relación mutua. Jesús, en cuanto “siervo de Dios” que proclama las Bienaventuranzas. Los pobres, en cuanto “hijos predilectos de Dios”, que son asumidos como destinatarios y expresión de las Bienaventuranzas. Es contemplando este icono que hemos de descubrir a qué nos puede llevar realizar este voto.

Los votos tienen como dos caras o dimensiones fundamentales. Una más radical (antropológica – cristológica) y una más funcional (social – eclesial).

En el caso de la “pobreza”: Pobreza radical: evoca nuestra constitución humano-divina, somos “greda” (humanos; frágiles) y somos

“gracia” (consagrados; fuertes). Pobreza funcional: configurarse desde una vida sencilla, humilde, austera, de solidaridad afectiva y efectiva, comprometida.

Ambas conllevan la categoría teológica del “despojo”, como la llevan los demás votos. En este caso, despojo de una riqueza sólo para sí, de una seguridad sólo para sí, en vistas a realizar un camino de entrega enriqueciendo a otros, compartiendo seguridades desde las inseguridades, desde las pobrezas existenciales y socio históricas.

Configurarse desde una vida sencilla, humilde y austera, de solidaridad afectiva y efectiva, comprometida.

Este aspecto requiere de una clave espiritual de “ocultamiento”, “de muerte”, “de destierro: entierro – desentierro”.

Se trata de un camino espiritual que permite purificar y sacar a la luz los mejores perfiles de nuestra fe cristiana desde este voto de la pobreza.

Esto es, que por ejemplo si no muero a todo instinto de egoísmo de pensar sólo en mí o sólo en los intereses de un sector por sobre otros; si no destierro de mí toda inclinación de auto-suficiencia egoísta (por lo tanto entierro al hombre viejo de modo que pueda luego desenterrarse resucitadamente la vida nueva), no podré en verdad presentarme como una manifestación de lo que Dios hace en mí como consagrado desde la radicalidad de la pobreza, como ocultamiento de mí, para que sea Él con su riqueza e que emerja enriqueciendo toda realidad en su justo nivel, logrando así que la pobreza sea en verdad esa “entrega total de sí” donde queda claro que el Señor es el Único Bien que hace que ya sí podamos gozar de una “tierra nueva” si somos capaces de compartirnos desde una real comunión de Bienes que ponga de manifiesto esa Justicia que Dios nos propone como camino ajustado a su proyecto original de vida abundante para todos, donde no haya hijos de primera y de última categoría en orden a la dignidad, ya que para él somos y hemos de vivir en igualdad de condición según nuestra común dignidad.

Cabe recordar además, que los consagrados existen para ayudar a realizar de un modo “significativo” (“profético” y “sapiencial”), desde una variada riqueza carismática, la “Economía” Divina (el modo de “relación” del Dios trinidad, modo comunal). Así pues, el voto de “pobreza” como una manifestación de “profecía histórica” debería dar lugar al “grito utópico”: que “todos

tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

Y ese grito tiene sentido pues una espiritualidad encarnada y libera-dora está llamada a descubrir la presencia de Dios en las muchas no-presencias, la fuerza del ya sí en medio de tantos todavía no. Y ello es así de un modo terriblemente real en el mundo de los más pobres, de todos los que yacen al borde del camino de la historia.

Generalmente, los pobres y excluidos, para poder “existir” como personas, actúan con conductas consideradas socialmente negativas, porque van muy ligadas a expresiones de rabia y de violencia. Violencia consigo mismos (droga, alcohol, riesgos innecesarios, etc.) Y violencia hacia otras personas y cosas (agresividad verbal y física, destrucción de lugares comunes urbanos, reclaman nuestra presencia solidaria para que hagamos efectiva la cercanía de Dios en el entramado humano.

De allí que lo que dicha realidad nos reclama es una auténtica fuerza liberadora, es lo que llamamos aquí espiritualidad. Se trata de aportar un espíritu nuevo que ayude no sólo a discernir sino a asumir con el arduo camino hacia un horizonte más pleno, más humano, más digno del peregrinar de los hijos de Dios.

Se trata de no ser meros distribuidores sino portadores, intercambiar dones de vida que contribuyan a la promoción de la dignidad humana, una dignidad

que apunte a disolver las desigualdades injustas. a la propiedad individual o social, etc.).

El principio de la encarnación no puede esquivar ninguna situación humana, ni siquiera éstas. Pero hemos de reconocer que en general no estamos educados para entender que Dios pueda manifestarse “mezclado”, “encarnado” en unas realidades tan negativas. Estamos más bien formateados de tal manera que donde no encontramos el bien, no está Dios, no aparece reconocible. Pero preguntándonos con sinceridad ¿tenemos conocimiento de algún lugar de la tierra donde sólo quede bondad? ¿Dónde se encuentra Dios?

Si la encarnación fuese incompatible con el mal, pocos espacios le quedarían a Dios... Sin duda alguna las violencias, las agresiones, las rebeldías, los comportamientos negativos, la rabia de los pobres son gemidos del Espíritu. Y aunque nuestros recursos (humanos y técnicos) no siempre están y/o estarán en grado de responder a tamaño reto, no obstante es siempre profundamente cierto que nuestra vida emparentada con la de los más pobres, por cercanía y solidaridad, y nuestro empeño por un caminar profético junto a otras tantas personas que se sumen a la bienaventura del reinado de Dios, serán garantía suficiente para poner de manifiesto, en su real necesidad y efectividad, el servicio de caridad que nuestra misión está llamada a engendrar. Ahora bien, las realidades de pobreza y resistencia.

Así como la castidad verifica nuestro caminar sapiencial y da alas a nuestra libertad desde una entrega total al misterio de Dios en esta historia, la pobreza efectiviza nuestro caminar profético dando realidad a un intercambio solidario de todo lo que lleve a dignificar nuestra vida se ha complejizado de modo altamente significativo.

Entre los pobres se dan inclusiones y exclusiones que no son tan globales y que pasan por niveles distintos. Así por ejemplo en barrios marginales y muy tras historias personales y comunitarias en la vida de Iglesia y en el entramado de la historia. Así las cosas, para la VC realizarse en su caminar desde el “voto” de pobreza sería como un empeño en “eliminar aquellos obstáculos al ejercicio de la caridad que son incompatibles con ella” (S. Th., II-II, q. 184, a. 3), para decirlo en términos clásicos, porque nos resultan certeros.

La VC debe no sólo quedarse encerrada en discusiones estériles sobre qué es la pobreza o quiénes son los pobres, sino que debe lanzarse en medio de las complejidades históricas desde esta clave esencial de su constitución, esto es, saber que su realidad de pobreza se construye en y desde lo que la realidad le reclama como respuesta a la hora de eliminar esos elementos que en las diversas propuestas del presente tienden, directa o veladamente, a impedir u obstaculizar la realización de un proyecto humano basado en la comunión de bienes.

Desde aquí la VC debe configurar a sus miembros y estructuras de modo tal que nada de lo que en ella se de, resulte insultante o a la vez obstaculizador para que la caridad afectiva y efectiva cristiana vehicule un proyecto dignificante de vida.

La pobreza efectiviza nuestro caminar profético.

Por lo tanto la pregunta no está si se ha de tener o no bienes y cuántos, sino qué es lo que en verdad necesitamos para nuestro caminar histórico y que ello nos posibilite un intercambio solidario con todos y especialmente con los más pobres y abandonados, generando en todas las conciencias un claro compromiso de vida decidido hacia la dignificación a través del cultivo del bien común social y ecológico.

Si bien es cierto que la pobreza real (y en ella los pobres reales), debe ser un término a considerar a la hora de configurar la propia pobreza, la VC, no debe ser hoy menos crítica y darse cuenta que ese polo de referencia no basta. Por un lado el polo principal ha de ser siempre el teologal, que ya hemos definido suficientemente en distintos puntos anteriores.

Luego cada uno/a y cada comunidad de VC deberán dar respuesta en y desde realidades concretas según sus servicios carismáticos. No es menos cierto que hoy el mundo de los pobres, excluidos, pobres están incluidos en el mercado de consumo poseyendo a veces los últimos avances tecnológicos pero siguen excluidos del quehacer político, social y cultural ya que no se los considera en esos niveles.

Como éste hay muchos otros casos que se podrían analizar, pero no es y hablar de los excluidos o los marginados en global sino que habrá exclusión, y desde allí redefinir las respuestas concretas de la VC en y desde su caminar pobre.

Dijimos al comienzo que somos pobres pero dándonos en servicio profético con y desde ese talante samaritano que sabe compartir lo que se tiene, poniendo en movimiento toda una forma nueva de hacerse camino en esta vida.

Dijimos también que la capacidad samaritana no se improvisa sino que nuestro voto de pobreza debe darle forma y ello desde la clave del mismo Jesús que poseyéndolo todo lo abandonó todo para compartir todo lo que era y lo que tenía.

Dijimos además, que debíamos relacionar la pobreza con la fe, pues la fe es confiar desde lo provisional, es caminar con certidumbre sin tener mayor certeza y eso se logra sólo desde la pobreza, desde el compartir un credo que sólo se lo sabe y asume si se lo

recita juntos y juntos se lo edifica y descodifica mediante el peregrinar común Peregrinar que supone abajamiento constante dando desde la propia indigencia y diciendo con todo y a pesar de todo creo, creemos.

Conclusión

La VC puede aportar al caminar latinoamericano desde la perspectiva de la liberación una respuesta existencial configurada desde el impulso del amor que nos revoluciona y nos identifica en clave de entrega total, libre y generosa.

La VC es la que puede recordar a toda la cristianía que el amor obediencial es el centro configurador de todo proyecto liberador. Es la que puede aportar sapiencialmente que el amor se vehicula por medios comunionales, por vínculos fraternales. Es la que puede ofrecer una memoria profética en y desde un caminar donde el amor se efectiviza como intercambio solidario de dones.

La VC puede y debe embarcarse en esta línea de aporte desde las siguientes claves: que somos pequeños pero con una Gran Mística; que optamos por la Libertad y adoptamos un caminar Sapiencial; que nos nutrimos desde una Espiritualidad de la cotidianidad; que somos pocos pero en Comunidad; que optamos por la Fraternidad y adoptamos un caminar Comunitario; que nos nutrimos desde una Espiritualidad de Comunión y Participación; que somos pobres pero dándonos en servicio profético; que optamos

por la Solidaridad y adoptamos un caminar Profético.

Que nos nutrimos desde una Espiritualidad Encarnada y Liberadora.

**Revisar
nuestra vida
desde nuestro
caminar pobre
para ahondar
nuestra
entrega
y poder ser
más auténticos
y fieles a Dios,
fieles a
aquellos en
quienes Él
quiere recibir
nuestra
entrega, sus
hijos
más predilectos
del reino.**

Sensibilidad

Algunos años atrás, en las Olimpiadas Especiales de Seattle, nueve participantes, todos con deficiencias mentales o físicas, se alinearon para dar la largada de una carrera de 100 metros planos.

Al sonar la señal, todos salieron, no exactamente a toda velocidad, pero con la voluntad de dar lo mejor de sí, terminar la carrera y ganar.

Todos, con la excepción de un muchacho que tropezó, cayó al piso y comenzó a llorar.

Los otros ocho escucharon el llanto. Disminuyeron el paso y miraron hacia atrás.

Entonces, todos ellos se detuvieron y dieron la vuelta.

Una de las muchachas, con Síndrome de Down, se agachó, le dio un beso al muchacho y le dijo: "Pronto, ahora te vas a sanar".

Y todos los nueve competidores se tomaron de las manos y caminaron juntos hasta la meta.

El estadio entero se puso de pie y los aplausos duraron varios minutos.

Y las personas que estaban allí continúan repitiendo esa historia hasta hoy. Tal vez los atletas tenían "deficientes" mentales... Pero con seguridad no eran deficientes en sensibilidad... ¿Por qué?

Porque, allá en el fondo, todos sabemos que lo que importa en esta vida es más que ser un ganador solitario.

Lo que importa en esta vida es ayudar a los otros a vencer, aunque esto signifique disminuir el paso y caminar más despacio junto a los demás.

Señor Dios, enséñame dónde

y cómo buscarte,

dónde y cómo encontrarte...

Tú eres mi Dios, tú eres mi Señor,

y yo nunca te he visto.

Tú me has modelado y me has remodelado,

y me has dado todas las cosas buenas

que poseo, y aún no te conozco...

Enséñame cómo buscarte...

porque yo no sé buscarte si tú no me enseñas,

ni hallarte si tú mismo no te presentas a mí.

Que te busque en mi deseo,

que te desee en mi búsqueda.

que te busque amándote

y que te ame cuando te encuentre .